

AIGUAMÚRCIA

Aunque se trata del municipio más extenso de la comarca del Alt Camp, la pequeña localidad está situada a orillas del río Gaià. El acceso principal desde Tarragona se efectúa por la carretera N-340 en dirección a Santes Creus.

En los diferentes núcleos habitados que conforman el municipio encontramos abundantes vestigios de época romana y medieval. Destacan dos construcciones casi desaparecidas: la Torre de Milà y la Torre Forgell. Para acceder al Mas Milà, es necesario llegar hasta la ermita del Pla de Manlleu (los automóviles deben estacionarse en Can Fesol, a unos 2 km de la ermita) y ascender por el monte. La torre de Milà, un edificio de planta circular que seguramente cubría la vigilancia del castillo de Selma, apenas es reconocible entre las ruinas de una masía derrumbada cubierta de vegetación. Para llegar a la torre Forgell no existe camino alguno, se encuentra en el Turó de Cal Gatelló, un pequeño montículo cercano a la población del Pla de Manlleu. Es de planta cuadrangular y pudo haber acogido una casa fuerte totalmente arruinada.

Monasterio de Santa María de Santes Creus

EL ESTABLECIMIENTO DE LA COMUNIDAD CISTERCIENSE

La orden del Cister levantó dos importantes monasterios masculinos en la Cataluña meridional, en la actual provincia de Tarragona, con la finalidad de consolidar la población tras la reconquista. Uno es el de Santa María de Poblet, que mantuvo desde el principio su establecimiento original. El otro, no muy alejado de Poblet y siempre su rival, fue el de Santes

Creus. Su fundación corrió a cargo de la abadía cisterciense de Grandselve, próxima a la ciudad francesa de Toulouse. El noble Ramón de Montcada y sus hijos habían hecho donación al abad de una propiedad en Valldaura, en la montaña de Collserola cerca de Barcelona, a finales de 1150, *vivente beato Bernardo abate monasterii Clarevallis*, en vida de san Bernardo, abad de Claraval, para que se construyera bajo su filiación un monasterio dedicado a Santa María. Pero el lugar, escaso



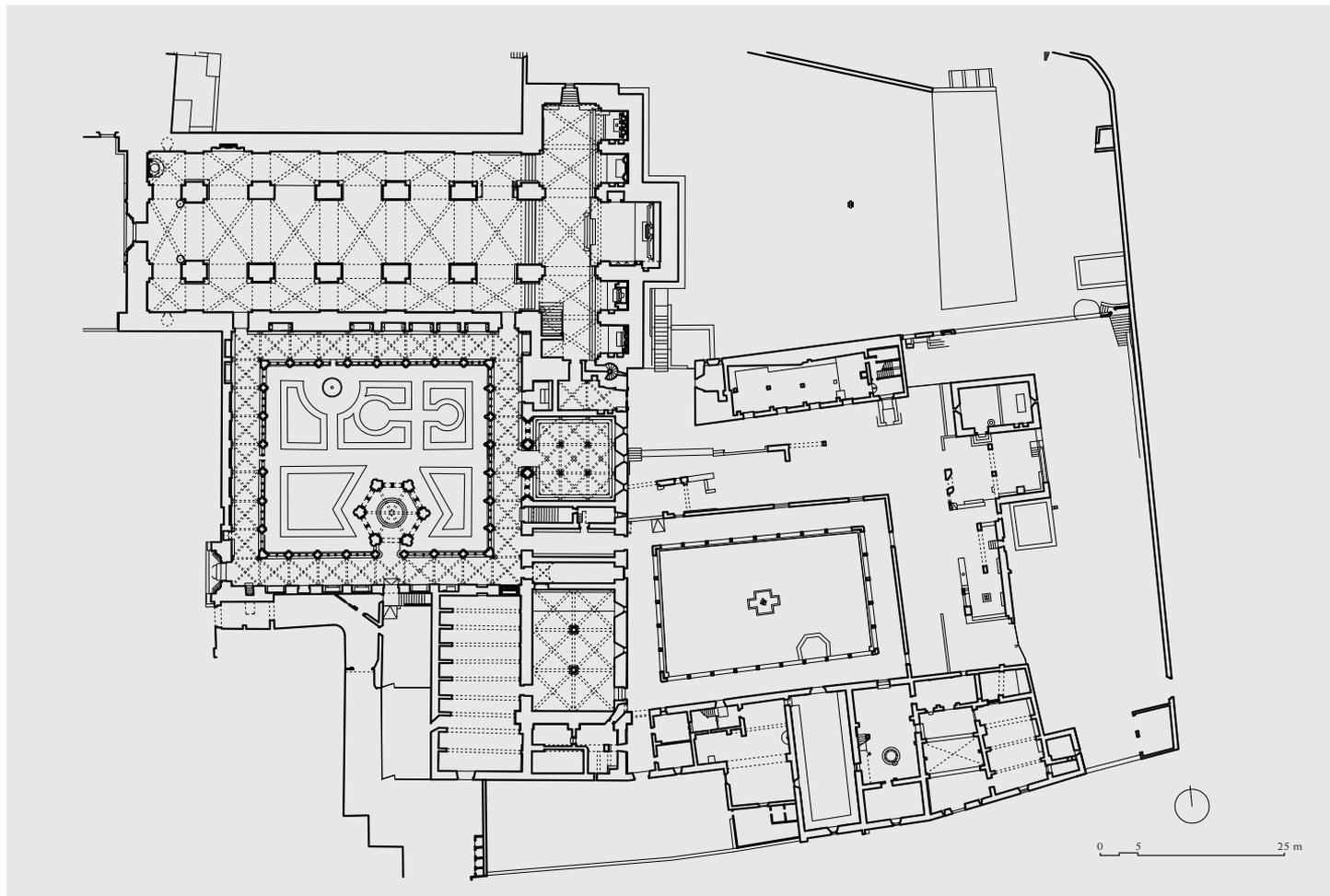
Vista panorámica

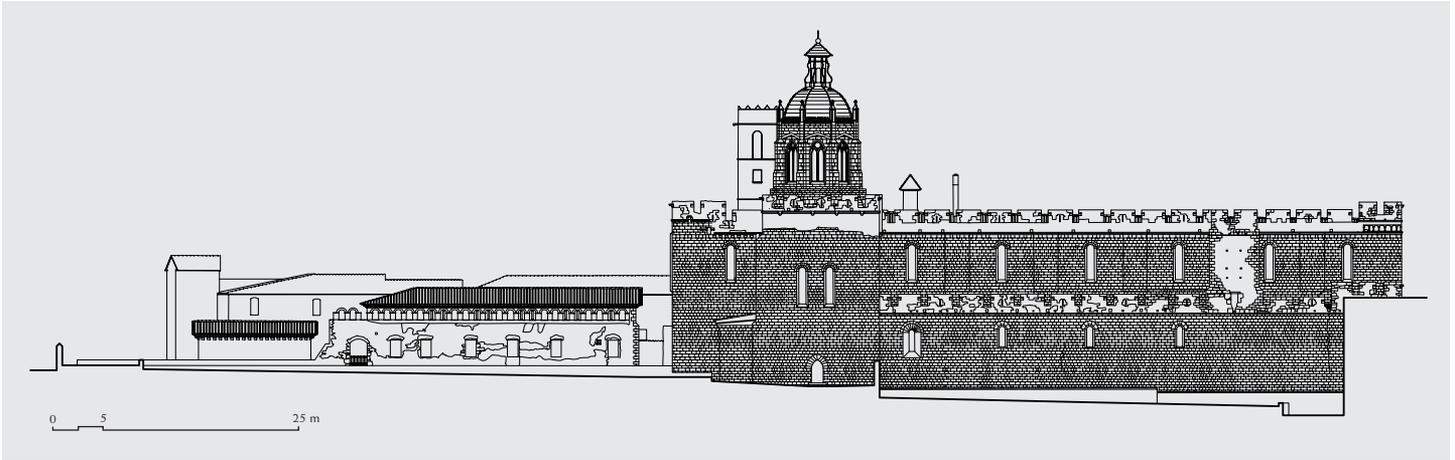
en acuíferos, no se consideró adecuado. Falló también un segundo intento en 1155, impulsado por el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, esta vez en Espluga d'Ancosa, junto a la Llacuna, cuyas condiciones medioambientales resultaron igualmente desfavorables, con el agravante de su excesiva proximidad al poderoso monasterio de Sant Cugat del Vallès. Finalmente, el 2 de junio de 1160, un grupo de señores feudales compuesto por Gerard Alemany de Cervelló, Gerard de Jorba y Guillem de Montagut, ofrecieron al abad Pedro de Valldaura y a sus monjes una serie de propiedades a la orilla del río Gaià, en el lugar de Santes Creus, "para que construyeran allí la iglesia, el claustro y todas las dependencias convenientes al monasterio". Estas familias se mantuvieron siempre como protectores e impulsores del mismo. El paraje era conocido desde antiguo por ese nombre, vinculado a una antigua leyenda de pastores recogida en el código de fray Bernat Mallol, hacia 1411. En 1720 fue copiada por Joan Salvador, también monje del monasterio, en el manuscrito que lleva por nombre *Compendium R^{di} P^{ris} Bernardi Mallol*. Cuenta que el lugar era yermo, estaba sin cultivar, a pesar de que abundaban en la zona prados y manantiales, por lo que era conocido como el "campo de la contradicción". Los pastores

que bajaban con el ganado desde los puertos de la Cerdaña para pasar el invierno cerca del mar, solían dar un descanso a sus rebaños en ese campo y a menudo pernoctaban en él. Muchas veces, mientras cuidaban la manada en las vigias de la noche, veían resplandecer allí unas luces. En el lugar exacto donde habían visto brillar las luces la noche anterior, ponían cruces. Y puesto que el campo se llenó de cruces, olvidado ya el nombre de "campo de la contradicción", pasó a llamarse "campo de las cruces", *...et quia totus ipse campus plenus erat crucibus, omisso nomine contrarietatis, fuit vocatus campus de crucibus*.

Así aparecía citado ya en el siglo IX, y en un documento de 21 de diciembre de 976, con motivo de una concordia firmada entre Vivas, obispo de Barcelona, y Guitardo de Muradén, sobre los castillos de Albà y Selma, *...meam dominicaturam que vocant de Sanctas Cruces super ripam fluminis Gaiano*, denominación que acompañó durante un tiempo a la de Valldaura... *cenobio Sancte Marie Vallis Lauree vel Sanctarum Crucium*, cuando comenzó a usarse el nuevo emplazamiento. Del mismo modo, el abad Pere de Puigverd (1158-1184), protagonista del traslado, es citado en ocasiones como abad de Valldaura, *Petri Abbas Vallis Lauree et omnis conventus nostre domus de Sancte Crucibus*... Hacia 1168-1169, zanjado el litigio a causa de la

Planta del monasterio

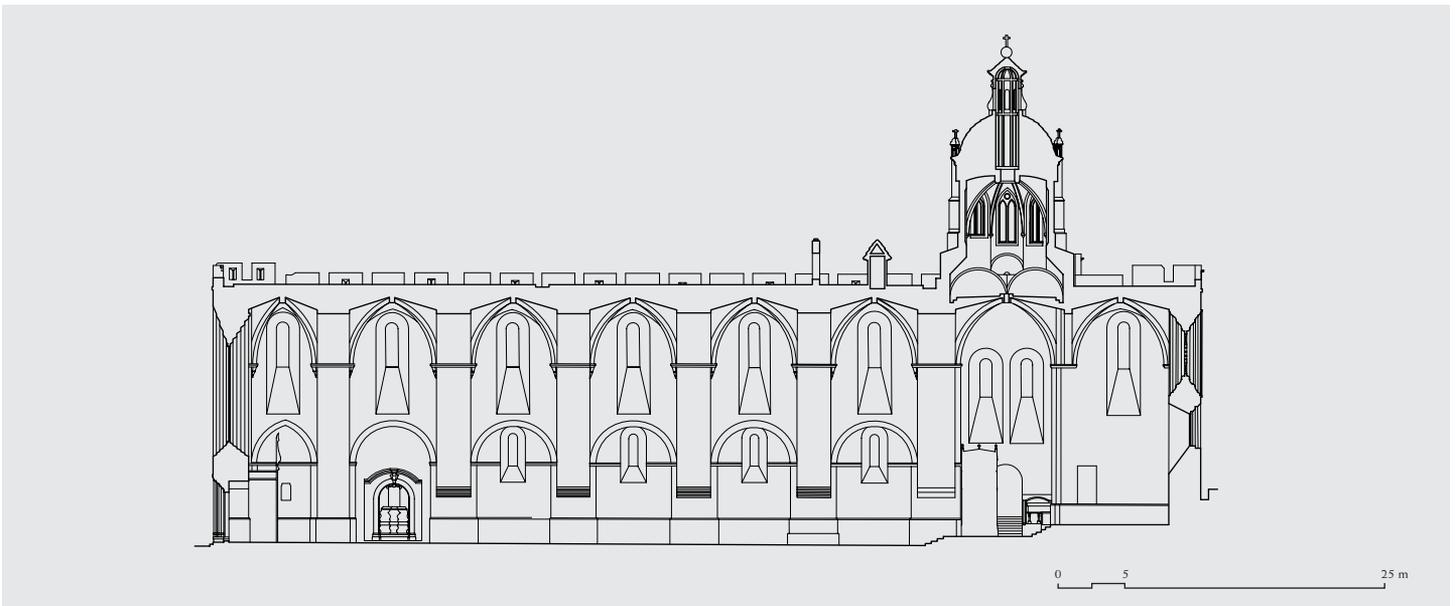




Alzado norte



Alzado este



Sección longitudinal

jurisdicción territorial entre el arzobispado de Tarragona y el obispado de Barcelona por el papa Alejandro III, que reconoció a Santes Creus como casa dependiente directamente de Roma y desligada de toda jurisdicción episcopal, el asentamiento pudo considerarse definitivo.

Una vez instalados los monjes, el monasterio disfrutó de la protección de reyes y nobles. Ya en 1166 Alfonso el Casto les concedía, para siempre, toda la leña y madera que necesitaran, *ligna et fustam... quantumcumque necessarium habebitis semper...* Mediante ese privilegio de transcendencia excepcional, el rey les permitía talar los árboles de las montañas de Siurana, un extensísimo territorio desde el llamado Coll de Balaguer, en el Perelló, hasta el Coll de Cabra, para construir todos los edificios de su casa o, lo que es lo mismo, todo el conjunto monástico. Poco después se sucedían donaciones como la otorgada por Guillem de Pontils, en febrero de 1173, de una gran propiedad en el término del castillo de Selmella, con sus bosques, manantiales y piedras. Al día siguiente el abad compraba la propiedad de Fontscaldetes, en el mismo término, con mención expresa de la roca de Cabarrasa. El mismo año adquiere un terreno, con agua y piedra, cerca de Vila-rodona. Todo indica que habían encontrado la forma de proveerse de materiales para la construcción de la gran obra monástica. Pero el impulso más notable se produce en la década de 1180. Entre 1182 y 1188 quedaba asegurado el abastecimiento de agua, tan necesaria para la comunidad, leña, madera y, sobre todo, piedra.

Buena parte de la leña estaría destinada a los hornos donde se fabricaba el mortero de cal. Se requerían muchos

cuidados para la cocción de las piedras calcáreas, en hornos cónicos durante tres días a novecientos o mil grados de temperatura, hasta que perdían el gas carbónico para convertirse en cal viva. Durante la fase de extinción, la cal, dispuesta en recipientes de madera, se mezclaba al cincuenta por ciento con agua para enfriarla, removiéndola con un instrumento de hierro hasta terminar con la ebullición. Finalmente, para obtener el mortero, se añadían lentamente hasta tres cuartas partes de arena de río, para conseguir la necesaria consistencia plástica. Con madera muy seca se obtenían las cuñas que una vez mojadas en las canteras se dilataban y resquebrajaban los bloques de piedra para convertirlos luego en sillares. De madera se hacían los andamios y las cimbras que daban forma a arcos y bóvedas. También las estructuras con que se cubrían provisionalmente los espacios, a la espera de la terminación de las partes altas e, incluso, las vigas para soportar los tejados exteriores. En estos casos se utilizaban árboles de tronco recto y diámetro uniforme desde la base hasta las ramas, por lo general de los bosques locales. Si se tiene en cuenta que muchas de estas prácticas no podían llevarse a cabo en los días más rigurosos del invierno, se comprende la lentitud con que evolucionaban las obras. Especialmente significativa es la adquisición en 1187 de un monte al lado del monasterio, en el cual había una cantera, *illum montem, in quo est petraria...*, y la donación de otros dos con las mismas características. Canteras cercanas, como era habitual, para facilitar el trabajo y economizar gastos, aunque la calidad de la piedra no fuera la misma.

El curso del Gaià había constituido una frontera natural en el avance de la reconquista. Para defenderla, los repobla-



Amurallamiento del siglo XIV

dores habían construido toda una línea de castillos, desde poderosas torres a simples puntos de vigilancia, en una zona de colinas y bosques en la que abundan restos romanos y visigodos. Al amparo de esa orografía propia de la Cordillera Prelitoral, en un valle frondoso, se conservaba según la leyenda un eremitorio dedicado a la Santísima Trinidad. La pequeña comunidad pudo instalarse en construcciones pre-existentes o improvisadas mientras se levantaban los primeros edificios con función polivalente, previos al monasterio definitivo. Es de suponer que, como era habitual en las abadías del Cister, tuvieron que transcurrir varias décadas hasta que se comenzaron los edificios principales, pero el estudio de esa etapa inicial de Santes Creus se complica a causa de la desaparición de buena parte del conjunto, que quedó extramuros tras la decisión del rey Pedro el Ceremonioso de fortificar el monasterio en 1375, aprovechando como muralla los potentes muros perimetrales de la iglesia y del claustro. No obstante, al igual que en todas las grandes abadías incluida la de Poblet, el claustro resultó ser el distribuidor de todas las dependencias monásticas.

EL NÚCLEO PRIMITIVO Y SU TRANSFORMACIÓN

Uno de los enigmas de Santes Creus es el llamado claustro de la enfermería o claustro posterior. Se trata de un gran patio rectangular construido con elementos reutilizados de discutida procedencia, fuera del perímetro amurallado del siglo XIV. Más allá de ese patio de la zona oriental, ambientado con surtidores, cipreses y otras plantas que introducen un toque romántico, se conserva una parte de las dependencias más antiguas. En época medieval pertenecían a lo más reservado de la clausura. El único edificio entero es la capilla de la Santísima Trinidad, que al parecer toma el nombre del citado eremitorio. La historiografía coincide en considerar este edificio y las ruinas que lo acompañan como el primitivo núcleo monástico, comenzado hacia 1170 con funciones varias, de manera provisional, mientras cobraban forma poco a poco los futuros edificios principales. Podría compararse esta situación con los primeros tiempos del monasterio de Santa María de Poblet, donde los edificios iniciales, el llamado Juego de pelota y la capilla adjunta de San Esteban, fueron destinados finalmente a los monjes ancianos y enfermos. El proceso era el mismo que se seguía habitualmente en catedrales y monasterios, mediante una rigurosa planificación, una especie de racionalismo constructivo, en virtud del cual los diferentes espacios se adecuaban con fidelidad a las diversas actividades que en ellos se ejercían.

La capilla de la Trinidad es un edificio de sillar, macizo y pequeño. Rectangular, ligeramente sobreelevado con respecto al nivel general, por encima de lo que podría haber sido, como ocurre en Poblet, una cripta con funciones de púdridero, aunque este aspecto no ha podido ser comprobado. La puerta se abre al Sur, para beneficiarse del sol en un clima bastante riguroso, y el interior se cubre con una bóveda de

cañón apuntado característica del siglo XII. Ni un solo elemento decorativo, pero quedan en los muros interiores dos pequeños nichos en el presbiterio, que corresponden a la credencia donde se colocaban los objetos de culto y al lavamanos, las huellas de los bancos para los monjes y, en el exterior, las de algunas construcciones de menor importancia, ya desaparecidas. La capilla de la Trinidad pasó a ser la de la enfermería cuando se trasladaron a la iglesia mayor las funciones religiosas que afectaban a toda la comunidad. Tal vez tuvieron en su día cierto relieve los escasos restos de muros y arcos de medio punto, aparentemente muy rehechos, que se ven en el solar del lado meridional de la capilla. Se conocen como "estancias de la reina Petronila". La reina Petronila de Aragón, madre del rey Alfonso el Casto, murió en 1173, demasiado pronto para disfrutar de aposentos nobles en Santes Creus. En realidad la expresión alude al lugar donde se ubicaron las primeras dependencias que ocupaban el rey, su familia y su séquito cuando se alojaban en el monasterio, antes de que fuera construido el Palacio real gótico del siglo XIV. No obstante, en el ángulo sudoriental del conjunto monástico, queda una torre conocida como "Torre del homenaje", destacada junto al edificio utilizado en su día como caballerizas del Palacio real. Todavía puede verse en los muros de esta torre cuadrada de aparejo desigual, producto del abandono y las adaptaciones llevadas a cabo en diferentes épocas, restos de un posible remate almenado o un matacán y una ventana gótica, de hacia finales del XIII en la cara este, seguramente abierta con posterioridad a la construcción primitiva.

Dice Vives i Miret que fue Pedro el Grande quien dispuso la construcción del primer Palacio real en Santes Creus hacia 1280. Sobre esa propuesta se ha fraguado la idea de un palacio monumental, en torno a un patio, en la parte posterior del monasterio. Chueca Goitia opina que hacía las funciones de capilla la ya existente de la Trinidad y sitúa al Norte de ese supuesto proyecto tan ambicioso la "Sala de Paramentos o Tinell mayor, lo que pudiéramos llamar el Aula Regia", a la cual estaría adosada la "Torre del homenaje". Añade que en la parte oriental y meridional estaban las habitaciones privadas de los soberanos y que el palacio se extendía hacia poniente hasta alcanzar los edificios conventuales, de modo que "se aprovecharía el escritorio de los monjes (actual bodega) alternativamente como Cancillería Real"... "Este primer palacio se destruyó en gran parte con motivo de una riada que debió suceder entre 1315 y 1327". Chueca se hacía eco, en su teoría, del entusiasmo desbordante de Vives i Miret por todo lo concerniente al monasterio. Rebasada ampliamente la época feudal, la denominación "Torre del homenaje" no deja de ser una expresión arcaica no exenta de romanticismo, una forma literaria que se mantiene, del mismo modo que la imagen del rey de Aragón celebrando recepciones y banquetes oficiales en el idílico retiro de Santes Creus, o privando de sus actividades cotidianas a la comunidad, para destinar ocasionalmente la sala de monjes a funciones de alta burocracia resulta, cuando menos, sorprendente.



Capilla de la
Santísima Trinidad

Sabemos que el rey no tenía una residencia fija, que la corte era itinerante y que disponía de lugares donde alojarse en diferentes puntos de la Corona. Especialmente en las ciudades importantes, donde podían reunirse las Cortes, y también en los monasterios, sobre todo para descansar y pernoctar con motivo de los frecuentes traslados y viajes. Pedro el Ceremonioso reformó en el siglo XIV muchas de esas residencias, ampliándolas o mejorando su habitabilidad, y enriqueciéndolas con lujosos salones y hermosos miradores con vistas al campo o al mar. Un rey constructor era un rey poderoso. Pero la situación de Pedro el Grande en la década de 1280, la última de su vida, no fue precisamente boyante. La conquista de Sicilia a los Anjou por parte de Pedro el Grande y su aceptación de la corona de este reino en agosto de 1282 había provocado un duro enfrentamiento con el papa. El monarca fue excomulgado por el pontífice el 9 de noviembre de ese mismo año y en enero del año siguiente era desposeído formalmente de su reino. La lucha contra el rey de Aragón adquirió entonces el carácter de cruzada, capitaneada por Carlos de Anjou que contaba con el apoyo del papado. La conquista de la ciudad de Gerona, sitiada por los franceses, solo fue frenada por la mortandad que provocó una epidemia de peste. Sin la ayuda de Castilla por causa de la excomunión, con cuyo rey había firmado en 1281 el Tratado de Campillo, de paz y colaboración, el rey Pedro reclamó la intervención de la nobleza aragonesa. Pero los nobles aragoneses, contrarios desde el principio a la conquista de la isla y unidos frente al monarca, le hicieron pagar caro un acuerdo para participar en la contienda. El rey se vio obligado a firmar

en 1283 el Fuero de Aragón o Privilegio de la Unión, con las reivindicaciones de la nobleza. Un yugo del que no se liberó definitivamente la corona hasta 1348. No parece que la fecha de 1280 fuera el momento más adecuado para promover un ambicioso proyecto de palacio monumental en Santes Creus.

La llamada "Torre del homenaje" y algunas construcciones adyacentes podían servir, por el momento. Su posición estratégica hace pensar que la torre pudo ser o formar parte de la primera residencia de los reyes en el monasterio, vinculada al mismo pero suficientemente distanciada de la enfermería, que incluía la capilla de la Trinidad, y de la clausura como para no interferir en la rutina diaria de los monjes. Cuando se construyó el Palacio real del XIV pudo pasar a tener un papel únicamente defensivo, destinada a la milicia que acompañaba en sus viajes al monarca, algo semejante a la llamada Torre de las Armas en el monasterio de Poblet. Eso justificaría la existencia de las antiguas caballerizas del Palacio real al lado mismo de la torre, ya en la parte meridional, con el gran arco, parcialmente tapiado hoy en día, que daba acceso a los carruajes.

No procede que entremos a comentar en este trabajo las hipótesis sobre el palacio o los palacios del siglo XIV, porque no corresponden ya a la época del Románico.

PLANIFICACIÓN DEFINITIVA DEL CONJUNTO MONÁSTICO

Una vez instalados los monjes en esas construcciones utilizadas provisionalmente como residencia y lugar de culto

de la comunidad, era preciso formular el proyecto y planificar el futuro conjunto monástico. La iglesia como elemento principal, la sala capitular y el resto de dependencias necesarias para el uso doméstico, repartidas funcionalmente en torno al espacio destinado a convertirse en claustro. Los numerosos acuíferos de la zona, constantemente mencionados en los documentos, y el propio río Gaià, que discurre prácticamente en dirección Norte-Sur hacia el Mediterráneo, proporcionaban suficiente agua para las labores agrícolas. Los manantiales podían abastecer las fuentes del claustro, potenciando su significado simbólico como *Hortus conclusus* y solucionando, a su vez, las necesidades higiénicas de la comunidad monástica.

El templo ocuparía, como es habitual, el punto más alto. Orientada correctamente al Este, con una ligera inclinación hacia el Norte, la iglesia acoge el claustro al Sur, en el ángulo que forman la nave lateral de la epístola y el brazo meridional del transepto, según la fórmula más habitual que no se cumplió en Santa María de Poblet. De acuerdo con esa disposición, la sacristía se construyó junto al crucero, la sala capitular a continuación y, por este orden, la escalera de acceso al dormitorio desde el patio, los espacios destinados a locutorio y la sala de monjes, junto a la cual se encuentra un sombrío habitáculo considerado como la antigua cárcel. En el piso superior, se halla el dormitorio de monjes, que forma un todo solidario con las dependencias de la planta baja, hasta tal punto que los documentos llegan a hablar del dormitorio para referirse a todo el conjunto. Exactamente lo mismo ocurre con Poblet, cuando se ofrecen legados a "la obra del dormitorio" o a "la obra del nuevo capítulo y del dormitorio de monjes" indistintamente. Expresiones como estas referidas a un monumento pueden ayudar a una mejor comprensión de otros similares, más aún si se trata, como en este caso, de la misma orden religiosa. Frente a esta galería oriental que puede considerarse la más privada de la clausura, en la parte del claustro próxima ya al exterior, estuvieron las dependencias destinadas a los hermanos conversos o legos, personas menos integradas en la comunidad, que tuvieron un corredor o paso propio para comunicarse con la iglesia desde una puerta situada en el tramo de los pies, en el lado de la epístola, diferente de la de los monjes. Toda esta última zona no se ha conservado y también han llegado muy maltratadas las construcciones adheridas a la galería sur. En ella tuvo que estar el refectorio o comedor, mencionado en los documentos, al que prestaría servicio el templete de la fuente o *lavacrum*. El refectorio, que se construyó, o más probablemente se continuó en el siglo XIV, no se ha conservado. Solo una línea vertical de dentellones de piedra parece indicar dónde estaba el más interior de los muros, pues en la época del Gótico los edificios monumentales tenían muro doble y relleno. Aproximadamente a 1,5 m de distancia de esa huella se encuentra una sala cubierta con estructura de madera sobre nueve arcos diafragma, cuya construcción clausuró las ventanas correspondientes de la pared de la sala de monjes. Esto indica que su cronología es posterior a la misma y al refecto-

rio desaparecido y se aprovecharían al hacerla materiales de otros edificios anteriores. Sí se ha conservado el *lavacrum*, una pieza emblemática de los monasterios del Cister, perfectamente integrada en el conjunto del claustro gótico.

Cuenta fray Bernat Mallol que el primero de enero de 1375, en medio de la mayor hambruna del siglo, "que afectó a todas las partes del mundo", comenzó en el monasterio la obra de la muralla. Primero por el claustro y el dormitorio, hasta terminar por la iglesia el 20 de febrero de 1378, *Anno Domini MCCCLXXV prima die mensis ianuarii in quo videlicet anno fuit magna caristia victualium in omnibus partibus mundi a seculo inaudita fuit inceptum opus murorum per claustri et dormitorii dicti monasterii et continuando opera dictorum murorum a dicta prima die ianuarii ad vigesima diem febroarii anni Domini MCCCLXXVIII perfecti sunt muri et omnia opera facta supra ecclesiam et dormitorium et claustrum monasterii prefati*. El enorme grosor de los muros de los edificios había facilitado la posibilidad de llevar a cabo una fortificación eficaz, con un coste muy inferior al originado si se hubiera levantado una muralla de nueva planta. Más aún en una época de escasez y hambruna. Es posible que la decisión pudiera limitar la expansión de la comunidad. Pero el poder del monasterio había sido restringido de forma drástica varias décadas antes, en el momento en que el mismo rey Pedro el Ceremonioso optó definitivamente por Poblet, en vez de Santes Creus, como panteón de la monarquía. La época gloriosa del monasterio, durante los reinados de Pedro el Grande y Jaime II, era ya historia.

LA OBRA DE LA IGLESIA

Según Bartomeu de Lladernosa, abad entre 1375 y 1379, la iglesia mayor de Santes Creus fue comenzada en septiembre de 1174. Es decir, que empezaban a cavarse las zanjas para la cimentación. Fray Bernat Mallol lo confirma, *Anno Domini Incarnationis MCLXXIII menses setembris cepit bedificari ecclesia maior monasterii de Santis Crucibus in honore gloriose Dei Genitrix semperque virginis Marie presente domine Petro abbate eiusdem monasterii cum toto conventu eiusdem...* Era abad Pere de Puigverd y papa Alejandro III.

La iglesia tiene planta típicamente cisterciense, con su habitual forma de T. Reproduce casi con exactitud, aunque a escala reducida, el plano de la abadía de Cîteaux, principal de la orden, en la primera mitad del siglo XII, antes de que su cabecera fuera ampliada con una gran girola cuadrangular de doce absidiolos. Aunque Cîteaux fue destruido por la Revolución francesa, se sabe que su longitud total rondaba los 100 m. Tenía planta basilical, cinco ábsides de fondo plano, mayor y más profundo el central, de anchura equivalente a la correspondiente nave longitudinal, dos naves laterales, y una larga nave transversal a la que se abrían los cuatro ábsides menores. El Cister exigía simplificación, entendida como lucha contra el ornato, corrección en la búsqueda de las formas proporcionadas en los espacios y precisión reflejada en el corte limpio y exacto de la piedra. Presumían de tener los mejores

tallistas de la época y las construcciones más sólidas. Cuidaban extraordinariamente la cimentación. Grandes zapatas colocadas a un mínimo de dos o tres metros de profundidad, cuyas dimensiones rebasaban ampliamente la anchura de los muros que debían soportar, formaban la base de los cimientos, realizados con materiales cortados en bloques enteros, no de deshecho y cascotes como solían ser los de las construcciones más modestas. Pero esas enormes fábricas monásticas, de poderosos muros y altas bóvedas, podían resultar extraordinariamente costosas y se prolongaban mucho en el tiempo. El abad Puigverd debía sentirse muy seguro sobre el futuro de su abadía para acometer una obra semejante.

La cabecera

La elección de construir un testero con muros muy gruesos y ábsides planos, al modo de Cîteaux y los orígenes del Cister, garantizaba la solidez de la cabecera y la celeridad de la edificación. Al contrario de Poblet, donde fue preciso fabricar varios espacios envolventes de manera concéntrica, para conseguir los absidiolos semicirculares primero, la nave de la girola después y, finalmente, el ábside propiamente dicho, las obras de Santes Creus pudieron avanzar con mayor rapidez, teniendo en cuenta que el establecimiento definitivo se produjo más tarde. Alfonso el Casto añadía en su testamento, en 1194, más allá de la mencionada donación de 1166 y de cualquier otra, la considerable cantidad de mil maravedís "para la obra de Santes Creus", *Dimitto opere de Sanctis Crucibus mille morabetinos*, e incluso ciento cincuenta maravedís más para que permaneciera siempre encendida –se supone en el altar– una candelá, *et CL morabetinos ad unam candelam perpetuo illuminandam*. El documento hace referencia a la obra, pero no directamente a la iglesia mayor y su altar, aunque sin duda ya existía un altar dedicado a su patrona, la Virgen María, en el monasterio. Mucho más explícita es la noticia que aporta fray Bernat Malloí. En la festividad de Pentecostés, el día 22 de mayo de 1211, la comunidad formada por el abad Bernardo, en referencia a Bernat d'Ager (1199-1222), y cuarenta y cinco monjes, se trasladaba a la iglesia nueva, *Anno Domini MCCXI, XI kalendas iunii in die penthecostes circa horam terciam conventus dicti monasterii transmutavit se in ecclesiam novam presidente domino Bernardo cum quadraginta quinque monachis*. Es decir, en la cabecera podía celebrarse culto en 1211.

Una cuadrilla de al menos dieciséis picapedreros había trabajado en la construcción de los cuatro ábsides laterales, a juzgar por las marcas de cantero conservadas. Dispuestos de dos en dos, constituyen un poderoso apoyo para el ábside central. Los del lado del evangelio, al Norte, se encuentran más deteriorados por la erosión y atacados por la humedad. Tal vez sea por eso, pero aparentan ser los más antiguos. Los del lado de la epístola se mantienen en mejor estado, aunque han sido transformados por el recrecimiento de los muros para construir sobre ellos dos cámaras contiguas. Los nervios facetados de sus bóvedas de crucería, perdidos en una de ellas,

indican que estas salas pertenecen a la década de 1300-1310, al igual que la esbelta ventana gótica, de pequeño tamaño, que las ilumina. Los sillares son grandes, bien escuadrados gracias a la dureza de la piedra utilizada en esa parte baja de la construcción, y de tamaño un tanto irregular. En ocasiones se cortaron pequeños encajes que parecen buscar una mejor trabazón del aparejo, mientras fraguaba el mortero. Se cubren con bóveda de cañón apuntado en sentido longitudinal y en cada uno de ellos se abre una ventana, todas románicas, con un acusado derrame para favorecer la entrada de luz con la menor pérdida de muro posible, salvo la del extremo sur, de cronología más avanzada. El ábside central fue el último de los cinco. Precisaba el apoyo de los anteriores. Algo más profundo y aproximadamente el doble de ancho, parece haber sido realizado en dos etapas, con cierta distancia entre ambas. En la parte inferior, hasta aproximadamente la imposta de los arcos de las tres ventanas, idénticas a la mencionada del absidiolo meridional, trabajaron entre ocho y diez obreros, algunos de ellos diferentes de los anteriores, con piedra extraída de la misma cantera. De ahí hacia arriba, la piedra cambia, prueba de que se usaba otra cantera, aparentemente menos dura, y cambia o se renueva la cuadrilla de picapedreros. El sillar se regulariza y reduce su tamaño. Desde ese punto ya no se altera hasta la cornisa superior. Es la zona de la terminación de las ventanas y del rosetón, que fue trasladado a Poblet en la década de 1990 para ser restaurado por Miquel Vendrell y recolocado posteriormente en su lugar. La fachada exterior del ábside central estaba rematada, como ocurrió con las de los brazos del crucero, con un piñón triangular, fiel reflejo de la cubierta superior, a doble vertiente, como es habitual en obras semejantes.

Ningún documento conocido permite explicar esta constatación tan evidente en cuanto al cambio en los materiales. Sabemos que el monasterio poseía varios lugares de los que extraer piedra, en especial las dos propiedades con canteras en uso mencionadas entre 1182 y 1188, de color y calidad distintas. Probablemente se estaban continuando por el crucero los muros perimetrales hasta el nivel alcanzado en los cuatro absidiolos, con las correspondientes bóvedas, pero no era conveniente levantar todavía la parte alta del ábside central por razones de seguridad. El mortero de cal con que se trabajaba en la edad media fraguaba muy lentamente y podía tardar años en adquirir suficiente solidez. Las construcciones avanzaban por la base más rápido que hacia arriba. De modo que la bóveda del ábside principal, que debía resultar solidaria con las de la nave transversal, a su misma altura, pudo quedar sin fabricar durante algún tiempo. Y con ella las fachadas que la delimitan exteriormente. No sería extraño que se colocara una estructura de madera a modo de cubierta provisional para la capilla mayor e incluso para el crucero, que permitiera el uso litúrgico de esa amplia zona mientras continuaba la obra. Algo semejante ocurrió con casi total seguridad en la catedral de Tarragona donde, a pesar de una probable consagración hacia 1230, no se cubrieron



Muro exterior de los ábsides del lado de la epístola

con bóvedas de piedra los tramos previos al ábside central y el crucero hasta aproximadamente la mitad de la centuria. Y lo mismo en Santa María de Vallbona, el tercer cenobio cisterciense de la Cataluña Nueva, femenino en esta ocasión, donde tanto el ábside mayor como el crucero y la nave pudieron mantener cubiertas de madera hasta un fecha cercana a 1300. Los cambios en la piedra se habrían producido en Santes Creus ante la necesidad de explotar varias canteras a un tiempo, escogiéndose el material más fácil de trabajar para las bóvedas, tal vez por iniciativa de algún especialista en la aplicación de las nuevas técnicas del Gótico para las bóvedas de crucería.

La del ábside mayor puede ser la primera gran bóveda del Gótico en Santes Creus. Dos arcos cruzados de sección cuadrada, con una sencilla clave cruciforme de decoración discoidal, semejantes a los que encontramos en Poblet en construcciones protogóticas en pleno siglo XIII. Las ménsulas angulares que las soportan repiten el modelo troncopiramidal invertido, rematado por hojas de lirio planas, típico del Cister. Tuvo dos ventanas románicas, una a cada lado, con el alféizar en pronunciado derrame para enfocar mejor la luz hacia el punto central del espacio. Y en el testero propiamente dicho, el magnífico rosetón encajado en el luneto, bajo el plemento oriental. Contrasta este gran óculo tan decorado con la austeridad monacal de las ventanas. El círculo más exterior repite el tema del llamado billete jaqués y en los interiores se alterna el bocel y la media caña hasta llegar al vano central, de ocho radios con arcuaciones y un bonito nudo en el núcleo, formado por un tallo, como la eternidad, sin principio ni fin.

En este gran óculo se esconde una carga simbólica que va mucho más allá de su aspecto formal. El rosetón simboliza la Divinidad y su permanencia eterna. Y recibe la primera

luz del amanecer proyectándola hacia el interior del templo. Pero, situado sobre las tres ventanas, a su vez fuentes de luz, representa la síntesis de las tres personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu, en un único Dios. Se recuperaba de este modo la tradición trinitaria de Santes Creus, desde el legendario eremitorio primitivo y la capilla de la Trinidad, para incorporarla a la nueva iglesia. No hay que olvidar el importante papel jugado por el Cister en la lucha contra la herejía albigense, que se negaba a aceptar, entre otras cosas, la doble naturaleza de Cristo. Para los cátaros era imposible que Dios, principio del bien, se hubiera encarnado. Negaban, por tanto, la naturaleza divina de Cristo. Cuando el papa Inocencio III organizó la lucha contra los albigenses, confió la dirección de la misma al arzobispo de Narbona, prelatura a la que había accedido siendo abad de Cîteaux. No era otro que Arnaud Amaury, el mismo Arnau Amalric que había sido abad de Poblet entre 1196 y 1198, citado por Agustí Altisent en el abadologio populetano. Uno de sus sucesores en el abadiato de Poblet, Pere de Curtacans, que a su vez participó en la dirección de la cruzada, murió en extrañas circunstancias en 1214 como consecuencia de ello. Anselme Dimier destaca la fuerte implicación en esta causa de la abadía de Fontfroide, casa madre de Poblet. También intervino muy activamente en la lucha contra la herejía la de Granselve, de donde procedía la comunidad de Santes Creus. Entre la rica colección de códices, el monasterio poseía una copia del siglo XIII de la obra de Boecio *De consolacione philosophiae libri V. De Sancta Trinitate libri IV*. Para completar el tema de la Trinidad, quien ideó el rosetón de Santes Creus quiso representar en él la imagen del mundo. La prueba evidente de la poderosa fuerza de Dios, creadora del universo.

Mucho antes de que Pierre d'Ailly escribiera en 1410 su *Ymago mundi*, la Imagen del mundo, otros pensadores y



Ábsides del
lado de la epístola



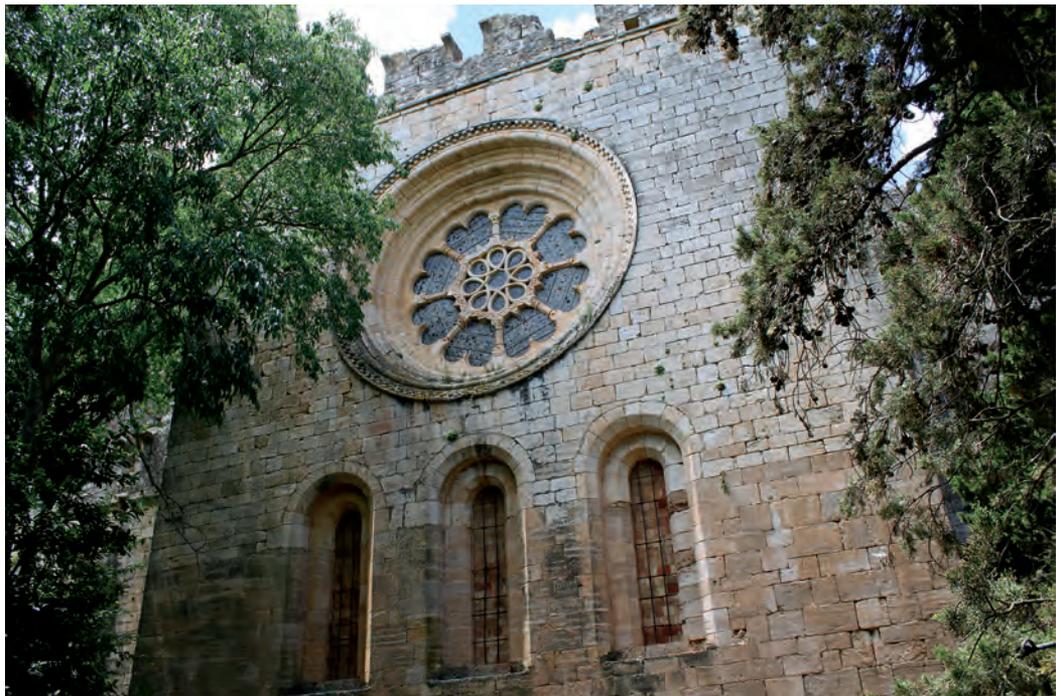
Ábsides del
lado del evangelio

teólogos habían descrito el universo según las teorías de los filósofos de la Antigüedad. Las visiones de la monja alemana Hildegarda de Bingen expresadas en su obra *Sci vias*, "Conoce las vías" (del Señor), de entre 1141 y 1151, cobraron un especial carácter profético en el siglo XII. Ella misma se definía como el vehículo transmisor de lo que le comunicaba "la Luz viva", identificando a Dios con la Luz. Un cierto número de

copias del manuscrito de Hildegarda fueron ilustradas. Destaca el magnífico volumen sobre su tercera visión conservado en la Biblioteca Statale de Lucca, de hacia 1230, con diez bellas ilustraciones a toda página, que completan el relato de la monja benedictina. Santa Hildegarda vio una esfera, rodeada de un círculo de fuego. La esfera es signo de Dios. Dios Padre, con su Hijo unigénito nacido de una virgen, po-



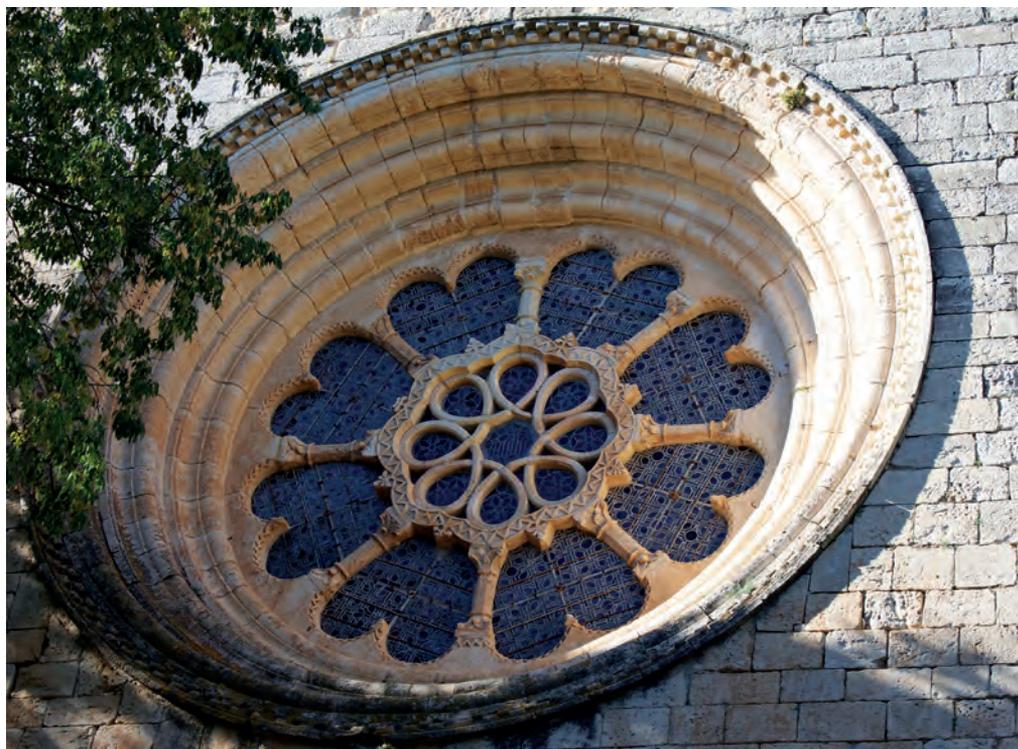
Bóveda del
ábside central



Exterior
del ábside central

see una gloria tan grande que todas las criaturas se iluminan con la claridad de su luz. La Tierra creada por Él se renueva periódicamente en el interior de los círculos concéntricos de los cuatro elementos. Fuego, aire, agua y tierra. Y con ellos los vientos, como hálito divino. Los filósofos antiguos dieron nombre a los cuatro vientos cardinales y a los ocho colaterales. El artista que ilustró el ejemplar de Lucca situó,

como en los mapas actuales, en la parte superior de la página el Norte y los vientos aparecen como pequeñas cabezas de animales, que aportan con su soplo los efectos beneficiosos o no, según sea su procedencia y orientación. Cuando se difundió el *Sci vias*, el texto contaba ya con la aprobación del papa Eugenio III (1145-1153), un cisterciense discípulo de Bernardo de Claraval, y del propio san Bernardo. No es



Rosetón

Crucero y Sepulcros Reales



de extrañar que el Cister hiciera suya la visión de Hildegarda y que su eco llegara hasta el rosetón de Santes Creus. Los cuatro vientos cardinales están representados por los cuatro radios axiales, a los que se añadieron dos radios más en aspa, en representación de la X, inicial del nombre de Cristo en griego, el Hijo, como si se tratara de un crismón. Finalmente, los ocho vientos colaterales ocupan ordenadamente su lugar en forma de pequeñas cabezas de animales que asoman entre las arcuaciones del interior del círculo.

Con independencia de la posible interpretación simbólica, se observa que el rosetón arranca formalmente de ejemplos del primer Gótico francés, simplificándolos. Especialmente importante, como precedente, es el rosetón que se alza sobre las tres grandes ventanas del Pórtico Real de la fachada occidental de la catedral de Chartres, cuyas magníficas vidrieras sobre el tema del Juicio Final se colocaban ya hacia 1215. Villard de Honnecourt reprodujo esta obra en su Cuaderno, en torno a 1225-1235, en el folio 15v de lo que se ha conservado de ese famoso manuscrito de la Biblioteca Nacional de París. Todavía no existían entonces los grandes rosetones de las fachadas góticas de las catedrales de París, Reims o Amiens y, aunque la colocación de un rosetón en la fachada occidental es especialmente propio del Gótico, nada impide que en un período inicial su estructura se desarrollara a partir del semicírculo y el arco de medio punto, tan significativos del Románico. Eso situaría la construcción de esta parte de la cabecera de la iglesia de Santes Creus en un momento claramente posterior a estas fechas. Este esquema compositivo se encuentra en el ábside central de la iglesia de la abadía cisterciense de Silvacane, en Francia, comenzada un año después y de menores dimensiones, donde se repite de forma parecida en la fachada occidental. Para intentar precisar algo más, podemos fijarnos en los rosetones de los extremos del crucero en la catedral de Tarragona, que era Metropolitana y Primada, lo que explicaría una más que probable relación. La fachada del lado del evangelio estaba ocupada por el edificio del refectorio de los canónigos y solo aparece por el exterior la zona que ocupa la ventana circular. En el lado de la epístola, sin embargo, toda la fachada es exenta. Vemos en ella las dos ventanas románicas de la parte inferior y un cambio de material justo por debajo del rosetón, como en Santes Creus, porque también se produjo un lapso en la obra. El resultado final fue un óculo de gran tamaño, con doble número de radios que el del Santes Creus, y una serie de molduras concéntricas entre las que se incluye la decoración de billetes y zig-zags que vemos en el monasterio. El conjunto fue también rematado a doble vertiente, con arcuaciones ciegas. La obra del crucero tarraconense con su cimborrio se terminaba poco después de la mitad del siglo XIII. Todo esto hace muy poco probable la fecha de entre 1193 y 1211 que se ha propuesto en alguna ocasión para el de Santes Creus y puede servir como punto de referencia cronológica respecto a esta obra tan singular que influyó, a su vez, en otras construcciones, entre ellas la iglesia de San Ramón en la cercana localidad de El Pla de Santa Maria.

La construcción de las naves

La fecha de 1211, en que comienza a celebrarse culto en la iglesia, debió marcar un punto de inflexión en el proceso constructivo. Conseguido el primer gran reto, es decir el traslado de la comunidad de la vieja capilla a la iglesia nueva, la obra podía continuar sin prisas por las partes altas del espacio ya consagrado, y por los cimientos y los muros del resto del templo, aunque la situación económica no fuera favorable. Tal vez el abad y sus monjes habían advertido que se avecinaban malos tiempos. Disponían de tierras y granjas, procedentes de las donaciones de la nobleza, pero no tanto de rentas, más propias del patrocinio de la monarquía. La disminución de la llegada de hermanos legos había dejado muchas tierras de labor baldías, hasta el extremo de verse obligados los monjes a alquilarlas, con la consiguiente merma de ingresos. Desde el testamento de Alfonso el Casto en 1194, dos años antes de morir, Santes Creus no había vuelto a recibir, en cuanto a donaciones, nada parecido. El propio rey Alfonso escogió para enterrarse el monasterio de Poblet. Pedro el Católico pensaba igualmente en Poblet, pero acabó enterrado en Sigüenza. Y Jaime I se inclinó por Poblet, de nuevo. Hubo que esperar al sucesor de este último, a partir de 1276, para que el monasterio recuperara el favor real. En 1282, pocas fechas antes de la guerra de Sicilia, Pedro el Grande otorgó el primero de sus dos testamentos, *...Eligimus nobis sepulturam in monasterio Santarum Crucum ordinis Cisterciensis quod constructum est in diocesi Terraconensis*. Cumplía el mandato de su padre por el que se obligaba a elegir sepultura en Santes Creus que, según este documento, se hallaba consolidado como monasterio, con suficientes edificios para el desarrollo normal de la vida de la comunidad, lo que no significa que todas las construcciones que hoy conocemos hubieran sido ya realizadas. Esa es la interpretación que debe darse a la frase *quod constructum est*, "que está construido". Dejaba al monasterio un legado que rebasaba ampliamente los mil maravedís del rey Alfonso. Nada menos que diez mil maravedís, que debían ser aplicados "a la obra del monasterio", sin indicar concretamente a qué parte, además de los habituales encargos piadosos. Y otro legado igual, y con la misma finalidad, a la obra del monasterio de Poblet. Su monumento funerario, una espléndida obra del Gótico realizada ya a principios del siglo XIV, se conserva en el crucero de la iglesia, al otro lado de la de su hijo Jaime II, el gran protector del monasterio. En su epitafio se recordó que el rey Pedro, *Rex Aragonensis comesque et dux Barcinonensis*, había destacado por la audacia y el poderío en la guerra, por ser magnánimo, por derribar a los poderosos, ser justo con todos, adorador de Cristo y devoto de la virgen María. Había fallecido en 1285. El segundo y último testamento, ya en su lecho de muerte, lleva fecha del 2-3 de noviembre de este último año. Después de cumplir con la Iglesia en la cuestión siciliana, se ratifica en su deseo de ser enterrado en Santes Creus. Aunque seguía por terminar, no se menciona en esta ocasión la obra del monasterio.

A lo largo de todo ese tiempo, desde la desaparición de Jaime I hasta el reinado de Pedro el Grande, la obra de la iglesia, una parte de la cual ya estaba dedicada al culto, transcurriría a un ritmo muy lento hasta completar la planta basilical de cruz latina que ahora vemos. Pero la reciente iniciativa real habría supuesto un nuevo impulso. Así lo indica la clave de bóveda del cuarto tramo de la nave central, contando del crucero hacia los pies para seguir el proceso de la construcción, donde figuran las armas del rey. De eso se deduce que, desde aquel 1211 en que comienza el culto en la cabecera hasta el final del reinado de Pedro el Grande, se habían realizado la bóveda del ábside central, las de los tramos de las naves laterales y central más próximos al crucero, las del crucero mismo con la puerta del cementerio, la práctica totalidad de las naves laterales y las de los tramos segundo y tercero de la central. Quedaría, aún, por hacer la penúltima bóveda y por definir el último tramo a los pies, que incluía una reflexión sobre el modelo de fachada. Y tal vez se habían colocado ya algunas vidrieras. Vidrieras sin estridencias, como marcaba el orden, hechas con vidrios incoloros, a veces grisalla, formando motivos geométricos variados, entrelazos o nudos, temas vegetales pintados e, incluso, flores de lis, que podrían interpretarse como símbolos marianos, según la época, o patrocinio de la monarquía, en tiempos de Jaime II y Blanca de Anjou. Solo se conservan in situ catorce de estas vidrieras, reparadas en numerosas ocasiones, y en diferente estado.

Poco o nada había cambiado el proyecto desde el principio. Muros perimetrales extraordinariamente gruesos y poderosos, y pilares realizados con un concepto similar a un muro

horadado cuyos huecos, en arco de medio punto con función de formeros, configuran prácticamente cortas bóvedas de cañón. Nada indica en ellos la previsión de bóvedas de crucería. Tal vez se había pensado cubrir todo el edificio con bóvedas de cañón apuntado, como las de los ábsides laterales. Pero esa idea habría quedado descartada rápidamente en el momento de construir las partes altas del ábside central y del crucero. De ahí la necesidad de disponer ménsulas en los ángulos para recibir los nervios o arcos cruzados de las bóvedas de crucería y las diferencias que se observan entre las ménsulas del crucero y las de las naves. En la nave transversal del crucero todas las ménsulas son del mismo tipo, tanto las de los arcos fajones como las de los nervios. Pirámide invertida y ramos de hojas planas. Idéntico sistema en el ábside mayor, lo que confirma la hipótesis de la relación cronológica entre esas partes. Excepto en la bóveda central, el crucero propiamente dicho, donde hay una bóveda de crucería capialzada, ligeramente elevada, que indica que fue la última en realizarse por razones de estabilidad y que se quiso destacar por el valor simbólico de la zona donde se encuentra. En las naves laterales, previas a la construcción de la central puesto que le sirven de contrafuertes, se prescindió de las ménsulas. Los arcos fajones arrancan de una sencilla imposta y los nervios se incrustan directamente en los ángulos de las esquinas. Sin embargo, las ménsulas de los fajones de la nave central destacan por su originalidad. Series paralelas de molduras convexas reviven, monumentalizando, el remoto tema de los modillones de rollos propio del arte islámico, sin aparente relación directa con el mismo. Se trataría de un elemento meramente decorativo incorporado al repertorio ornamental cristiano de los artistas



Nave central
hacia la cabecera



*Nave lateral
de la epístola
desde el crucero*



*Nave lateral
del evangelio*

hispanos, como ocurre con las arcuaciones ciegas polilobuladas que figuran insistentemente en la catedral de Tarragona y su entorno próximo, además de otros puntos de la Corona de Aragón. Lo más lógico es que se siguieran modelos como los que aparecen en la Aljafería, el palacio musulmán reutili-

zado tras la reconquista donde se alojaba el rey durante sus estancias en Zaragoza, y que no deban buscarse en Santes Creus o en Tarragona alarifes mudéjares entre los obreros, cuyo poder de decisión para elegir los elementos decorativos habría sido irrelevante.



Arcos y ménsulas de las naves

El resultado de esa iglesia, de aspecto macizo e inmenso, es espectacular aunque no sea en realidad excepcionalmente grande. Y de una extrema austeridad, si no se tiene en cuenta el enorme coste de su masa de piedra. Todo ello, unido a la forma de las ventanas con sus arcos de medio punto y el derrame que ayuda a difundir la luz procedente del exterior, permite adscribir el templo a la corriente del Románico del siglo XIII, en una fase tardía del estilo, que convive con el uso de bóvedas de crucería, deliberadamente simples, para cubrir las partes altas, propias ya del primer Gótico. Fuera de cualquier tipo de improvisación, en la iglesia de Santes Creus se había impuesto la estética de la línea. La aparente simplicidad de la arquitectura desnuda.

La fachada principal

Cuando se llega a Santes Creus por la Puerta de la Asunta, con su arquitectura y esgrafiados barrocos a modo de decorado, para acceder a la Plaza de Sant Bernat Calbó, aparece enfrente una fachada excepcional. Un gran ventanal gótico empequeñece la portada. Nada que ver con la sobriedad de los muros, ni con las ventanas de los extremos, sino con una forma nueva de interpretar la arquitectura en función de la luz, producto de un nuevo impulso constructor que afectó a la parte central de la fachada en torno a 1300. Por encima, almenas y merlones de la fortificación del siglo XIV. La historiografía suele indicar que el frontis de la iglesia pertenece a dos épocas y estilos diferentes. Románicas las pequeñas ventanas laterales, románica igualmente la puerta central, que posee arco y arquivoltas semicirculares, y gótico el ventanal superior. Vives i Miret recoge una nota de 1379 del abad Ladernosa en la cual se dice que, con las obras realizadas en 1280 se terminó la construcción de la iglesia, desde la parte del coro hasta la puerta de entrada. Creus Coromina comparte esa opinión, extraída del llamado libro de Pedret, un compendio histórico del monasterio de 1720 que, al parecer, fue pasto de las llamas en 1936. Y añade que esas obras fueron financiadas por Jaime II,



Clave de bóveda de la nave mayor con el escudo real

cuyo escudo figura en la última clave de bóveda de la iglesia, en la nave del evangelio. En ocasiones resulta difícil interpretar los documentos, más aún si son traslados o copias de otros anteriores y han desaparecido. No es posible que la fachada que ahora vemos estuviera terminada en 1280. Pero sí que, en un período de poco más de dos décadas, a partir de esa misma fecha, los trabajos pudieron culminar brillantemente toda la fachada occidental.

Ignoramos la razón por la que el último tramo de las naves es más corto y conforma espacios cuadrados, en vez de rectangulares, en las naves de los lados. Como si hubieran previsto levantar sendas torres que, finalmente, no se hubieran llevado a cabo. La tradición del Románico llega hasta las ventanas de los extremos, que se diferencian de otras del mismo tipo por la adición de un sencillo guardapolvo enmarcando el arco de medio punto. Y, si bien la portada se abre hacia la plaza con un arco semicircular, esta vez con tres arquivoltas molduradas típicas del siglo XIV, hay que recordar que el arco de medio punto se encuentra en las puertas de varias iglesias de la localidad de Montblanc y de L'Espluga de Francolí, cercanas al monasterio de Poblet. A pesar del tipo de arco, la puerta pertenece sin duda a la época del Gótico. Durante ese período se mantuvo en la cuenca septentrional del Mediterráneo una tendencia, derivada del mundo clásico, en que el arco de medio punto convivió con el arco apuntado, especialmente cuando, como en este caso, no planteaba problemas estructurales. Por el contrario, todo indica que se limitó deliberadamente la altura de la puerta, condicionada por el gran ventanal gótico, con su vidriera de época que, además de proporcionar iluminación al atardecer a una nave de por sí oscura, constituye el principal atractivo de esta fachada. Por su estilo y su derrame facetado, esta ventana, de considerables proporciones, puede situarse cronológicamente en la primera década del siglo XIV, realizada ya en el reinado de Jaime II, y está en relación con otras de la catedral de Tarragona, y de los monasterios de Santa María de Vallbona y Bellpuig de les Avellanes, estos dos últimos en la provincia



Fachada principal

de Lérida. Junto a las jambas, cuyos capiteles pueden pertenecer a uno de los artistas del claustro de Vallbona, quedan aún restos de lo que fue o iba a ser un porche avanzado. La construcción de las fortificaciones de la segunda mitad de la misma centuria alteró la terminación original de la parte alta. La obra de esta monumental fachada supuso un estallido de modernidad con respecto a lo hecho anteriormente. La decisión de Pedro el Grande al elegir su sepultura en Santes Creus y la predilección de su hijo Jaime II por el monasterio resultaron fundamentales para la aceptación plena y decisiva del nuevo estilo en el siglo XIV.

EL CLAUSTRO MAYOR Y LAS DEPENDENCIAS CLAUSTRALES

La lenta obra de la iglesia debió de concentrar buena parte de los esfuerzos constructivos durante largo tiempo. Los monjes, que ya utilizaban la zona del templo habilitada para el culto, necesitaban disponer junto a la iglesia de los edificios adecuados para la vida en comunidad. No hay duda de que el proyecto inicial contemplaría la existencia del claustro románico en el lugar que actualmente ocupa el claustro gótico y que ese gran patio actuaría de distribuidor de todas las dependencias claustrales. Según el códice de fray Bernat Mallol, el 22 de marzo de 1226 los monjes se trasladaban a la iglesia mayor para las vigiliat matutinas, *Anno Domini MCCXXV, XI kalendas aprilis commutatus est conventus predictus in maiori membro ecclesie predicti monasterii ad vigiliat matutinas*. Se trata del primer rezo de las veinticuatro horas del día, todavía de

noche cerrada, por lo que se sobreentiende que el dormitorio común estaba en funcionamiento, total o parcialmente, y comunicado directamente con la iglesia. Esa es la razón por la que existe la monumental escalera de piedra del brazo meridional del crucero, habitual en esos monasterios, que describe el Padre Villanueva cuando se refiere al reconditorio donde se encontraba el archivo, sobre los ábsides laterales de la epístola. "Al lado de la puerta de la sacristía hay una escalera grande y descubierta que ocupa una buena parte del crucero, por la cual se sube al dormitorio común... En esta pieza se halla el archivo y biblioteca". Hablaremos de esta pieza más adelante, al describir la sacristía y la escalera de caracol que sube hasta las cubiertas exteriores de la iglesia. Villanueva ya pudo verla comunicada directamente con el dormitorio. El mismo Mallol indica que la primera piedra del dormitorio había sido colocada en 1191, *Anno Domini MCLXXXI positus fuit primus lapis in fundamento dormitorii quod fuit edificatum in predicto monasterio quarto kalendas augusti domino Ugone abbate presente*, en tiempos del abad Hugo II (1185-1198). La dependencia destinada a dormitorio común ocupaba siempre el piso alto en catedrales y monasterios, por razones de seguridad y funcionalidad, pues se utilizaba únicamente durante unas horas por la noche, al contrario que otras dependencias que debían resultar más accesibles durante todo el día. El edificio en cuya planta superior se encontraba el dormitorio, solía tomar el nombre del mismo. Así, a la "obra del dormitorio" de Poblet se destinaba en 1243 un importante legado. Una expresión demasiado ambigua pues la obra del dormitorio estaba íntimamente ligada a las construcciones que tenía debajo. Mucho más concreta



Claustro mayor. Vista panorámica

y descriptiva resulta otra donación, relacionada también con Poblet, "para la construcción de la sacristía, la sala capitular, el locutorio, el noviciado y el dormitorio", teniendo en cuenta que el noviciado fue finalmente sala de monjes. Puesto que en Poblet sacristía, capítulo, locutorio y sala constituían la planta baja del gran edificio cuya planta superior ocupaba totalmente el dormitorio, es de suponer que la primera piedra colocada en Santes Creus en 1191 correspondería también al comienzo de todo un conjunto similar.

El claustro mayor de Santes Creus es sin duda el más importante del Gótico en Cataluña. Fue promovido por Jaime II y Blanca de Anjou en el siglo XIV para sustituir un proyecto anterior sin terminar. Es muy difícil en estos momentos conocer con exactitud el carácter y alcance de la construcción desaparecida, que había sido realizada durante el siglo XIII. En situaciones similares se comenzaba por la galería norte, tangente a la iglesia en sentido longitudinal, solidaria con el muro de la misma, con lo que se lograba un eficaz sistema de apoyo. Pero también era necesario proporcionar cuanto antes un paso a cubierto que comunicara la cabecera de la iglesia con las dependencias más usadas por la comunidad, que se encontraban en la zona oriental del espacio destinado a claustro. No

es fácil apuntar cuáles fueron en este caso las prioridades. La solidez de los robustos muros de la iglesia de Santes Creus era indiscutible. Así que es posible que se comenzara el claustro por la parte de la sala capitular e incluso sería razonable pensar que por el ángulo nordoriental correspondiente, donde todavía queda la puerta que pudo ser el acceso original al templo desde el patio. En ambas galerías pueden verse en los muros las huellas de las viejas bóvedas, probablemente de arista. Las de crucería gótica del siglo XIV las superaron ampliamente en altura y, con el tiempo, albergaron bajo arcosolios las sepulturas de los benefactores. También la planta del nuevo claustro rebasó la anterior. Todo indica que se alargó un tramo hacia el Oeste, como ocurrió en Poblet, para facilitar un paso hacia la iglesia por la puerta del penúltimo tramo, a los pies, desde el corredor que discurría tangente a las dependencias de los conversos. Parece confirmar esta hipótesis la situación del *lavacrum*, el templete que cobija la fuente del lavabo, frente a la entrada donde estuvo el refectorio o comedor, igualmente desaparecido. En el proyecto del siglo XIII el *lavacrum* quedaría centrado con respecto a la galería meridional. De ese modo el claustro habría adoptado la forma de un cuadrado perfecto, el *Hortus conclusus* evocador del Paraíso.



Claustro mayor. Galería norte con las buellas de bóvedas del claustro románico anterior a la construcción gótica

Claustro mayor. Puerta románica de acceso a la iglesia en el ángulo nordoriental. A la derecha, el sepulcro de Guillem II de Montcada



De todos los sepulcros que vemos actualmente en el claustro, solo puede considerarse románico el de Guillem II de Montcada, en la galería oriental. Guillem de Montcada y Bearn murió en la batalla de Portopí, con motivo de la conquista de Mallorca en 1229, como hemos comentado anteriormente. Su pérdida quedó reflejada en el relato de la crónica real y su participación en la contienda, en las imágenes de los murales trasladados al MNAC procedentes del Palacio Aguilar de Barcelona. Resulta interesante la decora-

Claustro mayor. Puerta románica de acceso a la iglesia en el ángulo noroccidental, en lo que era "corredor de conversos"



ción de la cara frontal del vaso fúnebre, donde los palos de bezantes alternan con columnillas de fuste helicoidal, en una composición que recuerda algunos sarcófagos de la Antigüedad tardía.

"La obra del dormitorio" y la galería oriental

Puesto que el dormitorio estaba en uso en 1226, podemos deducir que, entre la colocación de la primera piedra

en 1191 y ese 1226, se había construido al menos la parte correspondiente al pequeño habitáculo de la sacristía, la sala capitular y, parcial o totalmente, el propio dormitorio, cuya envergadura es menor que la del dormitorio de Poblet. Suman treinta y cinco años en los que habría que incluir la continuación de los trabajos en la cabecera y el crucero de la iglesia.

Entre ese grupo de dependencias que iban a ocupar la planta baja del conjunto edificado en el ala oriental del futuro claustro, la más destacable es la sala capitular, pero se construyó primero la sacristía, necesariamente tangente a la iglesia. Pequeña y dividida en dos tramos, uno de ellos deformado, comparte espacio en longitud con el habitáculo del *armarium* para los libros, abierto hacia el claustro, que fue transformado posteriormente en capilla dedicada a la Asunción de la Virgen. La sacristía tendría un pequeño hueco al Este hacia el exterior, para permitir la entrada de luz, y una única puerta hacia el interior del templo, además de las dos hornacinas del lado de la epístola, una con funciones de credencia y la otra para el lavamanos. En el ángulo nordoriental, el muro fue engrosado para adaptarlo a la caja de la escalera de caracol que accede a las cubiertas superiores de la iglesia y, a media altura, a las salas donde se custodiaba, entre otras cosas, el archivo.

De nuevo es Chueca, apoyándose en Vives i Miret, quien propone un uso diferente para estas dos salas, anterior a su función de archivo. "Un complicado sistema de pasadizos comunicaba las estancias reales con un oratorio situado encima de las capillas colaterales del ábside (la de la Epístola), que ahora se conoce con el nombre de archivo. Desde allí las

personas reales podían asistir a las ceremonias de la iglesia". Está comprobado que en las estancias reales había espacios de devoción privada. Así ocurría en Poblet en el siglo XIV, pues Pedro el Ceremonioso encargó "unos oratorios" al escultor Jaume Cascalls, que no eran otra cosa que retablos destinados a oratorios privados en las Cámaras Reales que se encontraban en el extremo más oriental del monasterio, anteriores al Palacio real de Martín el Humano. No está tan claro que hubiera tribunas altas, a modo de salas, en la cabecera de la iglesia. Al menos no en Poblet, donde no se encuentra nada parecido, mientras que la zona del crucero destinada al Panteón Real fue considerada Capilla Real.

La posibilidad de que las salas construidas en Santes Creus sobre los dos ábsides laterales del lado de la epístola tuvieran la función de una tribuna resulta difícil de explicar. Por una razón de oportunidad, pues los períodos de presencia de los reyes en el monasterio serían demasiado breves como para llevar a cabo una obra tan costosa. Pero, sobre todo, porque resulta imposible visualizar desde allí las ceremonias que se realizan en el altar. El grosor del muro, la altura de la única ventana que se abrió en ese lateral del ábside mayor y la inclinación del derrame de la misma no lo permiten. Si esta comprobado que en el siglo XIV comenzaban a proliferar en diferentes lugares dependencias prácticamente aisladas, auténticas cámaras de seguridad para custodiar el tesoro. A principios del XVI hay constancia documental de la construcción de algunas otras. El acceso solía efectuarse desde la sacristía. En ocasiones, como el "reconditorio" de la catedral de Valencia, fue un recinto totalmente incomunicado al que solo se llegaba mediante una escalera portátil. Se trataba de conse-



Bóveda de la sacristía



*Sala capitular.
Fachada hacia el claustro*



*Sala capitular.
Interior*

guir la máxima reserva. Tener a buen recaudo los documentos acreditativos de propiedades, donaciones o privilegios podía ser más importante, si cabe, que conservar objetos de valor.

Aunque la caja y los peldaños del caracol de Santes Creus conservan las marcas de cantero originales, hay indicios claros de que la escalera ha sido transformada en época más moderna. Con motivo de la construcción de la llamada Torre de las Horas, en el siglo XVI, la escalera quedó comu-

nicada con la iglesia al tiempo que se aislaba de la sacristía, con la intención de proteger mejor los objetos de culto que se guardaban en esta última. Ambos tramos se cubren con bóveda de crucería, con el mismo tipo de nervios de sección cuadrada que encontramos en las naves del templo, pero el arco fajón que los separa descansa sobre una pilastra monolítica poligonal. Por su forma y tamaño no se adecuaba al resto de la construcción, sino al tipo de capiteles y cimacios que

vemos en la sala capitular contigua. Podría haber sido adaptada al lugar que ocupa para reforzar la bóveda, con motivo de alguna de las reformas efectuadas en la sacristía, sin descartar que esta pequeña dependencia hubiera sido cubierta originalmente con estructura de madera o con una bóveda de cañón, como el locutorio y el paso que conduce al llamado claustro posterior, antes de recibir bóvedas de crucería.

La fachada de la sala capitular hacia el claustro guarda gran semejanza con la misma dependencia de la catedral de Tarragona y con la equivalente de Poblet, entre las cuales la de Santes Creus podría ocupar, a juzgar por sus características, un lugar cronológicamente intermedio. La de Tarragona se habitaba como tal en torno a 1230 y la de Poblet se comenzaba algo antes de 1250, año en el cual estaba terminada la sacristía adjunta, con la que comparte uno de los muros. La evolución estilística apoya esta hipótesis. En los tres casos se mantuvo el modelo habitual que disponía sendos ventanales flanqueando la puerta de entrada. Así se facilitaba la participación silenciosa en las actividades que se realizaban en la sala por parte de los miembros de la comunidad que, o bien no cabían en la sala o no estaba autorizados a intervenir directamente en ellas. Ventanas y puerta siguen el mismo trazado y dimensiones. Seguramente estaban condicionadas por las medidas de los tramos del claustro antiguo, cuyas bóvedas dejaron su huella enmarcando las arquivoltas molduradas que adornan los arcos de medio punto de la fachada. La temática vegetal de los capiteles coincide con la habitual en el Cister. Pero predominan las molduras sobre las aristas y las formas redondeadas sobre la sección cuadrada. Podemos hablar de un cuidado refinamiento perfectamente compatible con los preceptos de la orden. En su interior, las tres salas capitulares que comentamos configuran espacios centralizados, de planta cuadrada, en el caso de la catedral como producto de la reutilización de una dependencia anterior, por lo que solo es comparable la parte correspondiente a la fachada. Las dos monásticas siguen una tipología semejante, con mayores pretensiones en Poblet. Más reducida la de Santes Creus, constituye no obstante un magnífico ejemplo, realizado con la intervención de artistas especialmente cualificados y unas concesiones al ornato en lo arquitectónico completamente inéditas hasta entonces en este monasterio, que fueron ampliamente superadas en la sala capitular de Poblet, donde se encuentran los únicos relieves del siglo XIII con temática historiada de todo el conjunto populetano. Consciente de la necesidad de disponer de un dormitorio adecuado para los monjes, la comunidad de Santes Creus optó por mantener en la sala capitular ese extraordinario grosor de los muros que caracteriza esta abadía. Tres ventanas románicas, con el típico derrame y la moldura en bocel recorriendo los cantos, iluminan generosamente toda la dependencia. Para los arcos fajones y formeros se prefirió la misma sección cuadrada, extremadamente simple, que tan buenos resultados estaba dando en las bóvedas de crucería de la iglesia. Los nervios cruzados, por el contrario, se adornan con molduras

y pequeñas claves discoidales, propias del primer Gótico, y convergen todos ellos, integrándose sobre los cimacios de las cuatro columnas centrales, así como en las correspondientes ménsulas encastadas en los muros.

Al lado de la sala capitular, hacia el Sur, se encuentra la segunda escalera del dormitorio. La que no comunica directamente con la iglesia. Es un espacio estrecho, rectangular, que incluye una cámara de menor tamaño en la parte posterior, para mantener una base transversal uniformemente sólida en toda la planta baja. Idéntica función estructural realizan el locutorio y el paso abovedado que comunica con el llamado claustro posterior, que permitía a su vez acceder a la capilla de la Trinidad, la enfermería de monjes y el resto de construcciones de la zona más antigua del conjunto monástico. Alineado con la galería meridional del claustro, este paso conducía directamente desde la monumental Puerta Real del siglo XIV, a poniente, hasta el Palacio Real, también gótico. Por último, rebasando ya las dimensiones del claustro, se extiende longitudinalmente hacia el sur la sala de monjes. Fue transformada en bodega en época moderna y ahora forma parte del recorrido turístico. Recibía la luz mediante ventanas románicas de gran tamaño, con el característico derrame, tres a cada lado, puesto que no existía la nave de arcos diafragma que ahora vemos adosada a la pared occidental. Dos gruesas columnas delimitan las dos naves del edificio de los monjes y sirven de apoyo a las seis bóvedas de crucería gótica de la cubierta, propias del siglo XIII. Capiteles, ménsulas y arcos recuperan de nuevo en esta construcción la extrema sobriedad propia de toda la planta inferior, donde la sala capitular constituye la única y destacada excepción.

Firmente sustentado sobre todas estas dependencias discurre el dormitorio. El sistema escogido, una nave cubierta con estructura de madera a dos aguas sobre arcos apuntados de piedra. El uso de arcos diafragma era el sistema habitual en todas las construcciones domésticas de las comarcas tarraconenses. Y el dormitorio común constituía el espacio doméstico por excelencia. El mismo modelo se adoptó en Poblet, muy superior en esbeltez y proporciones. La versatilidad que ofrece este tipo de construcción, fácil de ampliar, de reformar y de reparar podría explicar las diferencias que se aprecian en el aparejo, por dentro y en especial por fuera, e incluso en la escasa decoración de la sala del dormitorio de Santes Creus, que no tuvo necesariamente que ser realizada en una sola etapa. Se comenzó, sin duda, por los tramos tangentes al crucero de la iglesia, poco antes de esa fecha de 1226 en que empezó a utilizarse. Se ha creído ver en los relieves que decoran las ménsulas de los tres primeros tramos motivos relacionados con las familias Montcada y Claramunt, como probables benefactores de la obra, en una época en que comenzaban a fijarse los distintivos heráldicos. Pero según esta hipótesis, fundada en noticias que proporciona Eufemià Fort, el inicio del dormitorio propiamente dicho debería retrasarse hasta 1229 o 1230, lo cual no parece probable pues no podría encontrarse en uso en 1226. En la base de esta propuesta se



Sala de monjes



Dormitorio de monjes

hallan las donaciones efectuadas a raíz de la muerte de algunos miembros de esos linajes en la Conquista de Mallorca, en concreto Guillem y Ramón de Montcada, pero no hay ninguna mención a que deban ser empleadas para comenzar la obra del dormitorio. En cualquier caso, esa parte de la sala sería la más antigua. Desde ahí se puede pasar del dormitorio a la escalera y al reconditorio por una pequeña puerta más

moderna, de modo que Villanueva consideró el archivo como un anexo del dormitorio. Por lo general, predominan en el resto los temas vegetales, en forma de ramos de hojas de lirio planas distribuidas por la superficie de las ménsulas que presentan algunas variantes. Los muros laterales de cierre, entre las arcadas, han sufrido importantes alteraciones provocadas por la apertura de ventanas alojadas bajo arcosolios. Son hue-

cos que no se corresponden con los originales, más pequeños y distribuidos de forma que proporcionaran únicamente la ventilación directa necesaria, según la Regla de san Benito, vigente también en los monasterios cistercienses.

El lavacrum

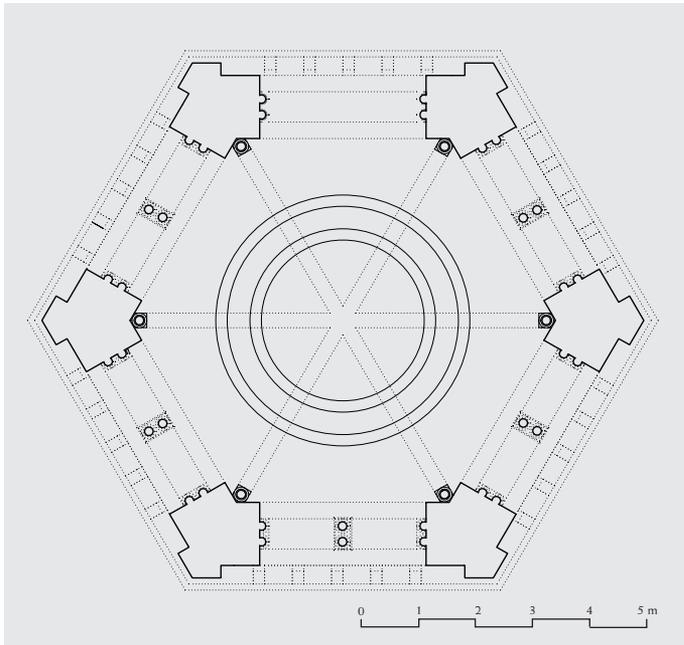
El único resto conservado de ese claustro desaparecido es el *lavacrum*, el templete que cobija la pila de la fuente. El agua, que mantenía el simbolismo de purificación y regeneración, cumplía en la práctica una función higiénica imprescindible frente a la puerta del refectorio o comedor de los monjes. No es fácil adivinar si el templete para el lavado es anterior o posterior a la sala capitular. Por su aspecto menos decorado se diría que es más antiguo. Pero no siempre la austeridad es sinónimo de antigüedad en estos casos. También el dormitorio aparenta ser más antiguo que la sala capitular que tiene debajo, lo cual, desde el punto de vista arquitectónico, es imposible. Se trataba aparentemente de cuidar más los detalles del Capítulo, una sala que, junto con la iglesia, constituía el núcleo principal de la vida monástica, mientras para el dormitorio primaba la funcionalidad y la necesidad de terminar con rapidez una dependencia, cuyo uso permitiría acudir a rezar a la iglesia directamente a cualquier hora de la

noche. Su parentesco con el de Poblet no deja lugar a dudas. Ambos son hexagonales y se abren al jardín mediante vanos geminados enmarcados por arcos más amplios. Tienen en los tímpanos esos óculos, circulares y romboidales alternativamente, que tanto caracterizan los claustros cistercienses de la época, en parte decorativos, pues no son necesarios para aligerar pesos, y en parte funcionales para iluminar mejor el interior. Podríamos decir que constituyen un precedente formal directo para los primeros cimborrios góticos construidos en Cataluña, especialmente el de la catedral de Tarragona. Solo que en el caso de los monasterios sin asumir el riesgo que comporta elevar tales elementos arquitectónicos a la altura de las bóvedas catedralicias. De cualquier modo, el templete de Santes Creus representa un paso más avanzado en el proceso evolutivo que el de Poblet. Se abandona la bóveda nervada de tendencia cupuliforme que vemos en el templete populetano y se aplica directamente la bóveda de crucería gótica, siempre con esa predilección por los arcos de sección cuadrada típica de Santes Creus. A falta de otros datos indicativos, sería lógico aceptar que, por ello, es también algo más moderno. Nos situamos a mediados del siglo XIII.

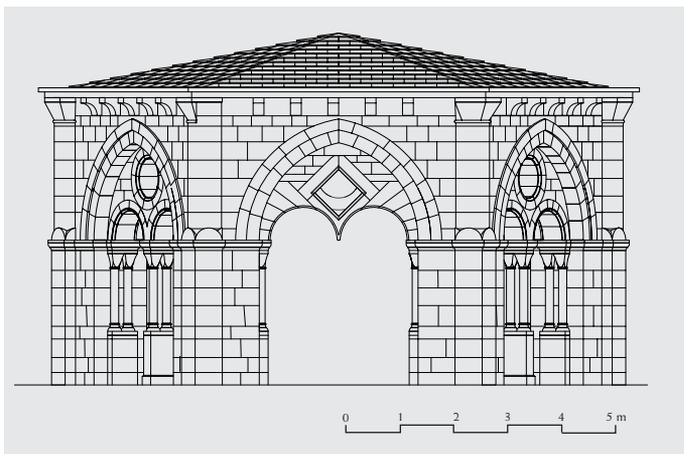
La existencia del *lavacrum* en ese punto indica que en esa galería meridional estaba prevista la construcción del refectorio. Al parecer, esta dependencia no llegó a construirse en

Templete del Lavacrum

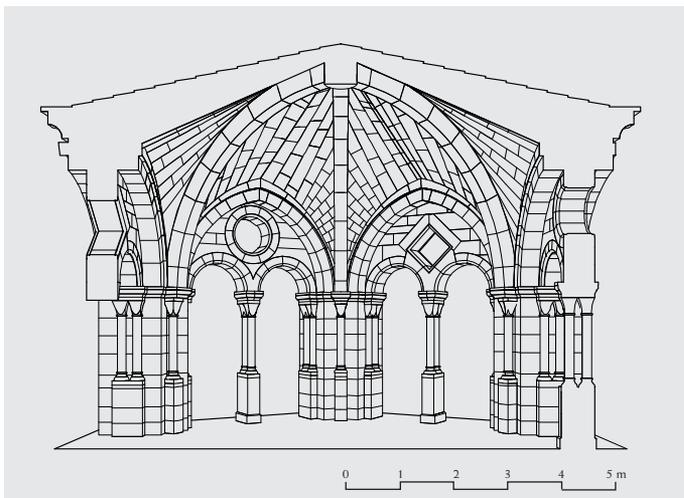




Planta del Lavacrum



Alzado del Lavacrum



Sección del Lavacrum



Templete del Lavacrum. Interior

Templete del Lavacrum. Capiteles



el siglo XIII o, al menos no de forma definitiva. Según Fray Bernat Mallol, el refectorio o comedor fue comenzado en 1302. Años más tarde, en 1332, el arquitecto inglés Reinard de Fonoll era contratado "para hacer el claustro y el refectorio de Santes Creus", una frase que puede interpretarse como una continuación más que como un inicio, siempre en relación con el claustro gótico.

EL CLAUSTRO POSTERIOR

Tratar de averiguar con exactitud el origen, cronología y función del claustro posterior, es tarea casi imposible. Podemos indicar que los arcos apuntados que lo conforman son propios del siglo XIII, aproximadamente de la misma época que los del dormitorio de monjes. Y que sobre esas arcadas de piedra, el muro se recreció con materiales pobres. Según Vives i Miret, cuya opinión hizo suya Chueca, discurría por esa parte alta un complicado sistema de pasadizos que alcanzaba la iglesia, en la parte de la supuesta tribuna que fue archivo.



Claustro posterior

La propuesta es, sin duda, sugestiva, aunque plantea muchas incógnitas. La más destacada es, posiblemente, la existencia de un edificio en ruinas adosado a la pared exterior del dormitorio, contra la sala capitular. Fue una construcción noble, de tres plantas, levantada con anterioridad al recrecimiento del claustro sobre las arcadas, pues dispone en el primer piso de varias ventanas hacia la parte que ahora queda dentro de la galería. Ventanas góticas ajimezadas, del siglo XIII avanzado, similares a las que se ven en el muro de enfrente, en el piso superior. Hay una del mismo tipo en la "Torre del homenaje" y otra en uno de los ábsides de la iglesia. Seguramente las de la torre y el ábside fueron reaprovechadas y pertenecían a la parte desaparecida de este edificio, que permanece injustamente olvidado. Todavía quedan en pie varios de los arcos que soportaban las estructuras de madera de los forjados, y las correspondientes ménsulas. Una tradición oral no confirmada propone que allí se copiaban e ilustraban los códices que se producían en el monasterio, el auténtico *Scriptorium* monástico, que estaría comunicado con el dormitorio mediante una escalera, aún visible, en el interior del muro. Poblet contó con una construcción equivalente destinada a archivo en el mismo lugar. Este edificio adosado al dormitorio debería haber tenido en el siglo XIII las otras tres fachadas exentas, lo cual resulta difícil de encajar con los desiguales muros del patio.

UN HOSPITAL DE POBRES

"A todos los forasteros que se presenten, se les acogerá como a Cristo...". Así comienza el capítulo LIII de la Regla

de san Benito, que añade más adelante: "Muéstrese la máxima solicitud en la acogida de los pobres y de los peregrinos, porque en ellos se recibe más a Cristo; que el respeto que infunden los ricos se hace honrar por si mismo". Las abadías cistercienses construyeron albergues de acogida a la entrada de sus monasterios. Fuera de la clausura, para no perturbar el recogimiento de los monjes. Santes Creus también tuvo en el siglo XIII un albergue, conocido como Hospital de pobres, entre el recinto más exterior y el camino que conduce hacia la Puerta de la Asunta. No se conoce el punto exacto de este edificio desaparecido, que tendría alguna semejanza con el de Poblet. Solo unos pocos datos. Guillem Giner, un donado que se hallaba acogido en el Hospital de pobres del monasterio, dejaba en 1244 unos dineros para la capilla que se levantaba junto al mismo, ...*capelle novi infirmitorii pauperum que ibidem est incoata*. La capilla era consagrada al culto en 1250.

PRECISIONES CRONOLÓGICAS

La parte medieval de un monasterio de las dimensiones y características del de Santa María de Santes Creus no puede asignarse a una sola corriente artística. Las circunstancias históricas suelen definir diferentes etapas en la construcción. El interés de la nobleza, el favor de la monarquía, las epidemias o la guerra marcan momentos de esplendor, períodos de estabilidad y situaciones de flaqueza. Catalogar el monasterio de Santes Creus como un conjunto románico sería un error. Pero, antes de la introducción definitiva del Gótico radiante, del Gótico francés, que se produjo en el siglo XIV, convivie-

ron en él a lo largo del XIII fórmulas constructivas y espaciales típicas del Románico, con unas bóvedas de crucería propias de la fase protogótica. Un nuevo estilo que se impone lentamente sobre la base de otro anterior. En la misma situación se encontraron otros monasterios y catedrales de la época. Suele ser, por tanto, de gran ayuda recurrir a esos ejemplos para salvar las lagunas documentales de unos con otros. En esta ocasión, se puede utilizar la información que proporcionan el monasterio de Poblet y la catedral de Tarragona, para acercarnos al proceso evolutivo de Santes Creus, extrapolando la información entre unas obras y otras.

DESTRUCCIÓN Y RECUPERACIÓN

Un monasterio como Santes Creus, que disfrutó de la consideración de panteón de la nobleza y de la monarquía, se vio limitado en sus aspiraciones por el cambio del favor real. Con ser significativa, esa circunstancia no afectó tanto a su prosperidad como las desastrosas consecuencias de los episodios sobrevenidos a partir de la supresión de los monasterios regulares en España en 1820 y la desamortización de 1835. La comunidad de monjes se vio obligada a abandonar el monasterio. Se sucedieron los incendios, el vandalismo y el pillaje. Pero el conjunto monumental no llegó a sufrir una destrucción tan sistemática y prolongada como el de Poblet. Incluso los sepulcros reales fueron respetados. A partir de 1884 se han ido llevando a cabo diferentes tareas de recuperación y restauración, incentivadas en las últimas décadas por la inclusión en las rutas turísticas. La comunidad nunca ha regresado.

Texto: ELM - Fotos: ELM/JPC - Planos: FPM

Bibliografía

ALTISENT I ALTISENT, A., 1967; ARAMON I SERRA, R., 1935; ARCO RUETE, L. del, 1931; BLASI I VILLASPINOSA, F., 1928; CABELLO LAPIEDRA, L. M., 1896; CABESTANY I FORT, J. F., 1979, pp. 73-78; CABESTANY I FORT, J. F., 1986-1987, pp. 30-34; CABESTANY I FORT, J. F., 1997; CABESTANY I FORT, J. F., 2002, pp. 114-119; CAPDEVILA I MIQUEL, T., 1935; CARRERAS I CASANOVAS, 1992; CATALUNYA ROMÀNICA, XXI, 1984-1998, pp. 261-272; CHUECA GOITIA, F., 1983, pp. 76-81; CIRLOT, J. E., s.d., pp. 139-156; COCHERIL, M., 1962; COMPANYS I FARRERONS, I. y MONTARDIT I BOFARULL,



Edificio adosado al dormitorio de monjes

N., 1981, pp. 221-233; COMPANYS I FARRERONS, I. y MONTARDIT I BOFARULL, N., 1995, pp. 61-87; COSTA, M. M., 1967, I, pp. 93-109; CREUS COROMINAS, T., 1884; DALMASES I BALANÀ, N. de y JOSÉ I PITARCH, A., 1985; FERNÁNDEZ ARENAS, J., 1979, pp. 3-35; FORT I COGUL, E., 1936; FORT I COGUL, E., 1949; FORT I COGUL, E., 1966; FORT I COGUL, E., 1967; FORT I COGUL, E., 1972; GIMENEZ SOLER, A., 1903; GUITERT I FONTSERÉ, J., 1927; GUITERT I FONTSERÉ, J., 1932, pp. 217-247; HERNÁNDEZ SANAHUJA, B., 1886; JUNYENT I SUBIRÀ, E., 1956; LIAÑO MARTÍNEZ, E., 1983, I, pp. 20-24; LIAÑO MARTÍNEZ, E., 2010, pp. 79-125; MARTINELL I BRUNET, C., 1929; PAPELL I TARDÚ, J., 2009; PÉREZ DE GUZMAN, J. y CREUS Y COROMINAS, T., 1909; PONS TRAVAL, J. B., 1896; SALAS RICOMÀ, R., 1894; TODA I GÜELL, E., 1929; UDINA I MARTORELL, F., 1947; VILLANUEVA, J., 1851, XX, pp. 109-146; VIVES I MIRET, J., 1959; VIVES I MIRET, J., 1960.

Castillo de l'Albà

L'ALBÀ VELL es un despoblado que se encuentra hacia occidente de la Roca Ferrana. Accedemos desde la iglesia de l'Albà, donde arranca una la pista forestal que conduce hasta Cal Bernat. A partir del siglo X y con la intención de asegurar el territorio circundante, la Iglesia de Barcelona

cedió el término y el castillo a Guitard de Mura. En el siglo XII la misma sede barcelonesa transfirió los derechos del territorio de l'Albà al monasterio de Valldaura, que colaboró en la fundación de Santes Creus. La localidad fue abandonada a fines del siglo XIX.



Restos de la torre circular

El acceso hasta el castillo se realiza desde el recinto inferior, sito junto a los restos de la iglesia. Parte del montículo se encuentra rodeado por un muro perimetral que alberga en su interior los vestigios de una construcción de planta cuadrangular arruinada y cubierta de vegetación, aledaña a una dependencia de planta rectangular carente de cubierta y otra estructura rectangular con bóveda ligeramente apuntada. La bibliografía identifica parte de esta construcción como silo o cisterna. En el recinto superior, sobre la supuesta cisterna, se localizan los restos de una torre de planta circular de media-

dos del siglo X o principios del siglo XI, pareja a la ocupación del territorio. Las diversas edificaciones del nivel inferior, entre ellas la iglesia de Santa Maria, parecen datar del siglo XII.

Texto y foto: VZG

Bibliografía

BURON I LLORENS, V., 1989, p. 17; CASTELLS CATALANS, ELS, 1967-1979, III, pp. 487-494; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XXI, pp. 309-311.

Iglesia de Santa Maria de l'Albà Vell

EDIFICACIÓN ARRUIINADA construida en torno al siglo XII, aunque solo constan referencias documentales desde mediados del siglo XIII. Se trata de un templo de una nave y ábside semicircular que mantiene en pie parte del muro nordeste, decorado hacia el exterior por una cornisa sustentada sobre pequeñas ménsulas esféricas. Interiormente, podemos apreciar parte de la bóveda que cubría el ábside, así como la línea de impostas. La construcción del templo románico está unida a la historia del castillo de l'Albà, teniendo en cuenta que la cesión del término fue realizada por la sede barcelonesa.

Texto y foto: VZG

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XXI, pp. 310-311.

Restos del ábside



Castillo de Ramonet

SE ENCUENTRA muy cerca de la iglesia de Sant Jaume de Montagut, en el término de Querol, y aparece citado en el testamento de Ramon de Cervelló de 1229. El mismo linaje que lo cedió –junto con algunas tierras– al monasterio de Santes Creus en 1253.

A causa de la espesa vegetación que cubre sus restos apenas podemos reconocer la estructura original. Se trataría de una construcción similar a otras casas fortificadas de la comarca datables en el siglo XIII, con una torre defensiva de planta cuadrangular que mantiene en pie parte de los muros inferiores, con sillares reforzando las esquinas. En la parte inferior de la torre se pueden identificar los vestigios de un muro anexo. A la torre más antigua se añadieron otras cuatro dependencias muy desfiguradas.

Texto y foto: VZG

Bibliografía

BURON I LLORENS, V., 1989, p. 20; CASTELLS CATALANS, ELS, 1967-1979, III, p. 506; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XXI, pp. 311-312.

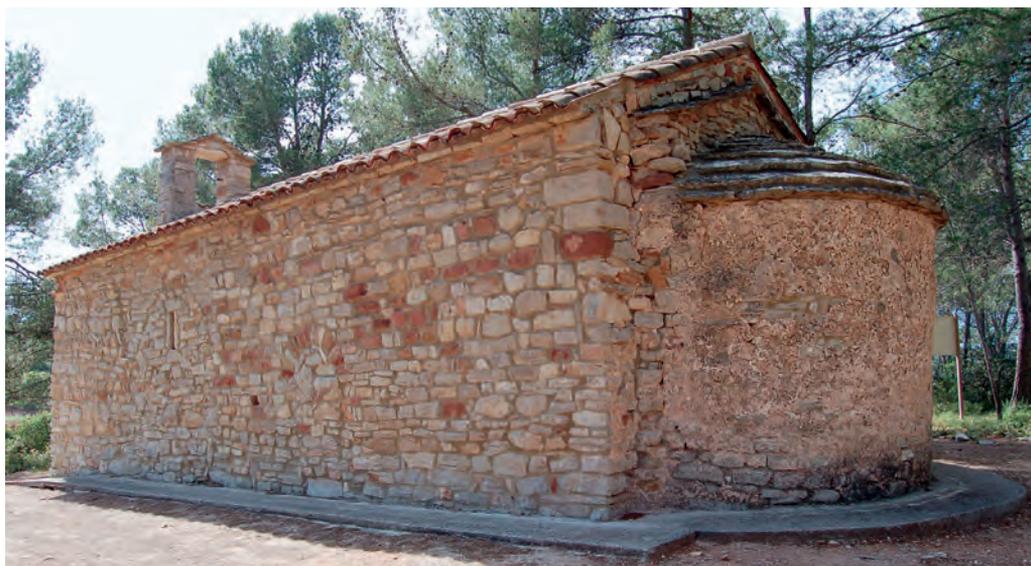


Restos de la torre

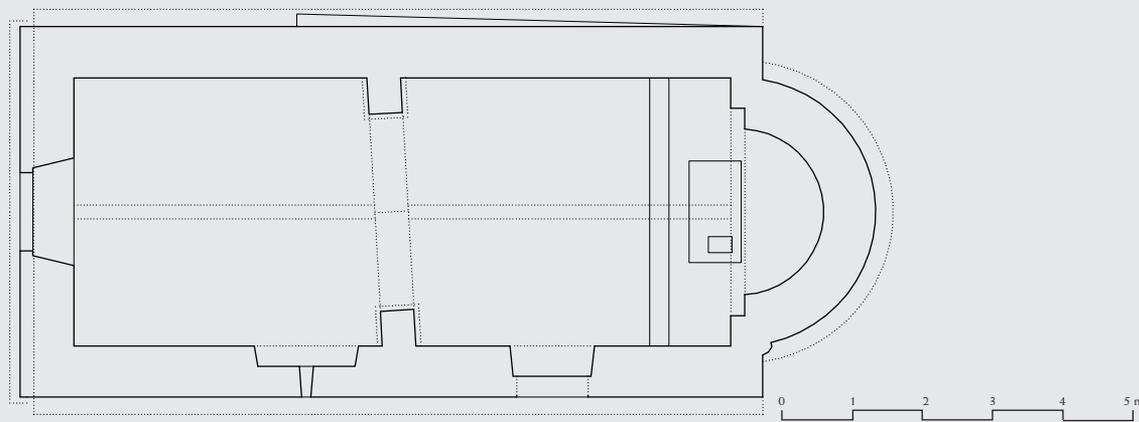
Capilla de Sant Miquel del Pla de Manlleu

PLA DE MANLLEU se encuentra a unos 50 km de la capital. Accedemos desde la N-240 en dirección a Valls y la C-51. A la altura de Rodonyà, la TV-2444 nos conduce directamente al Pla de Manlleu. Junto a la escuela del pueblo parte una pista en dirección a la ermita.

En 1247 pertenecía a la parroquia de Selma y fue rehabilitada en el siglo XV tras un largo periodo de abandono. Se trata de una pequeña edificación de una sola nave y ábside semicircular. La entrada al interior se efectúa desde el muro occidental, coronado por una pequeña espadaña, aunque tu-



Exterior



Planta

vo otro acceso de medio punto abierto en el lado meridional. Son varias las modificaciones detectables en el aparejo y la argamasa que cubre distintos tramos de la caja de muros. El ábside, que conserva parte de una cubierta de losas pétreas originales, presenta hacia el interior un arco triunfal de medio punto doblado mientras que la nave –separada por un par de escalones– queda compartimentada por un arco diafragmático apuntado que arranca de impostas lisas.

En una primera fase constructiva debió de alzarse el ábside y el primer tramo de la nave. Desde el arco diafragmático –y hacia occidente– se desarrolló una segunda fase, perfecta-

mente discernible por el aspecto del aparejo exterior. Se trata de un edificio construido entre fines del siglo XI y principios del XII, aunque completamente reformado hacia el siglo XVIII.

Texto y foto: VZG - Plano: FPM

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XXI, pp. 314-315; FIGUERAS I FONTANALS, J. M., 1986, pp. 53-54.

Castillo de Selma

EL CASTILLO se encuentra en lo alto del montículo del despoblado de Selma. El acceso hasta las ruinas se efectúa desde Pla de Manlleu por la carretera que discurre paralela a la riera de Marmellar y una pista forestal.

La primera mención data del siglo X. En 1142 la familia Sanmartí cedió el castillo con sus pertenencias a la orden del Temple, que llegó a formar una encomienda. A principios del siglo XIV pasó a los hospitalarios, aunque compartiendo derechos con los Fonollar y Montagut. Ya estaba abandonado hacia la segunda mitad del siglo XVI.

En el nivel superior se aprecian las ruinas de una torre de planta cuadrangular. Hacia oriente se mantienen los restos de una dependencia anexa. En el nivel inferior, hacia el lado sudeste de la torre, se conservan mínimos vestigios de otra construcción donde se encontraba la puerta de acceso, probablemente un arco de medio punto completamente expoliado.

La torre debió de construirse antes del año 1000, aunque hacia fines del siglo XII se reconstruyó y amplió la sala anexa del nivel superior. El recinto del nivel inferior con su puerta de acceso parece de cronología posterior.

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XXI, pp. 312-313; FIGUERAS I FONTANALS, L. M., 1999, pp. 7-22; FONT I RIUS, J. M., 1986, pp. 82-84.

Restos del castillo y del pueblo abandonado



Texto y foto: VZG

Casa Fuerte de la Campanera

DESDE PLA DE MANLLEU, la Campanera tiene acceso por el primer desvío de la pista forestal que llega al despoblado de Selma. Se sitúa en lo alto de un montículo rodeado de viñedos.

La casa fuerte perteneció a Elisenda y Arnau de Fonollar, que en 1247 la legaron a los templarios. Se trata de una sólida edificación de sillería, con planta cuadrangular y dos niveles, alzada en el siglo XIII. Se accede al interior a través de un arco de medio punto por encima del cual se abre una ventana de cronología posterior. Alrededor de la construcción principal se localizan restos de diversos habitáculos anexos.

Texto y foto: VZG

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XXI, pp. 313-314; FIGUERAS I FONTANALS, L. M., 1999.



Vista general

Torre de la Guinovarda

LA TORRE DE LA GUINOVARDA está muy cerca del Pla de Manlleu. Accedemos por la carretera T-244 en dirección norte. Nada más franquear un puente giramos hacia la derecha y tomamos el camino ascendente que conduce hacia el Mas la Quadra. A la vera del camino, junto a un gran depósito cercado, se hallan los restos de la torre, cubiertos casi por completo por la vegetación.

De la masía de la Guinovarda existen noticias desde inicios del siglo XIV, cuando pertenecía a los Grau. A fines del siglo XVI pasó a manos de Martí Balanyà, que aparece como poseedor de las tierras del *mansum* y de la antigua edificación ya arruinada. Se trata de una sólida torre de planta rectangular elevada hacia el siglo XIII. A juzgar por el tramo conservado, debió ser una construcción de notable altura y potentes muros alzados en aparejo de sillería, aún visibles en uno de los esquinazos. El acceso, ligeramente descentrado, se realizaba desde el muro sudeste, aunque sus jambas y dovelas fueron expoliadas. En los muros meridional y occidental se apreciaban aspilleras muy modificadas.

Texto y foto: VZG

Bibliografía

CASTELLS CATALANS, ELS, 1967-1979, III, p. 607; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XXI, pp. 315-316; FIGUERAS I FONTANALS, L. M., 1999, p. 187.



Restos de la torre

Casa Fuerte de Galls Carnuts

LA CONSTRUCCIÓN se encuentra en la cima de un montículo rodeado de viñedos. Es también conocida como la Torre dels Carnuts. Para llegar hasta ella desde el Pla de Manlleu hay que tomar una pista forestal en dirección al Mas Figueres y desde allí otra que conduce hasta los pies de la torre.

En 1217 está documentada su pertenencia a la familia Fonollar. La construcción, del siglo XIII, se encuentra en muy mal estado de conservación, junto a una masía completamente arruinada. El sector más antiguo conserva aparejo de sillería y aspilleras. En el nivel superior se aprecian restos de una cubierta de teja.

Texto y foto: VZG

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XXI, p. 31.



Detalle de la parte más antigua